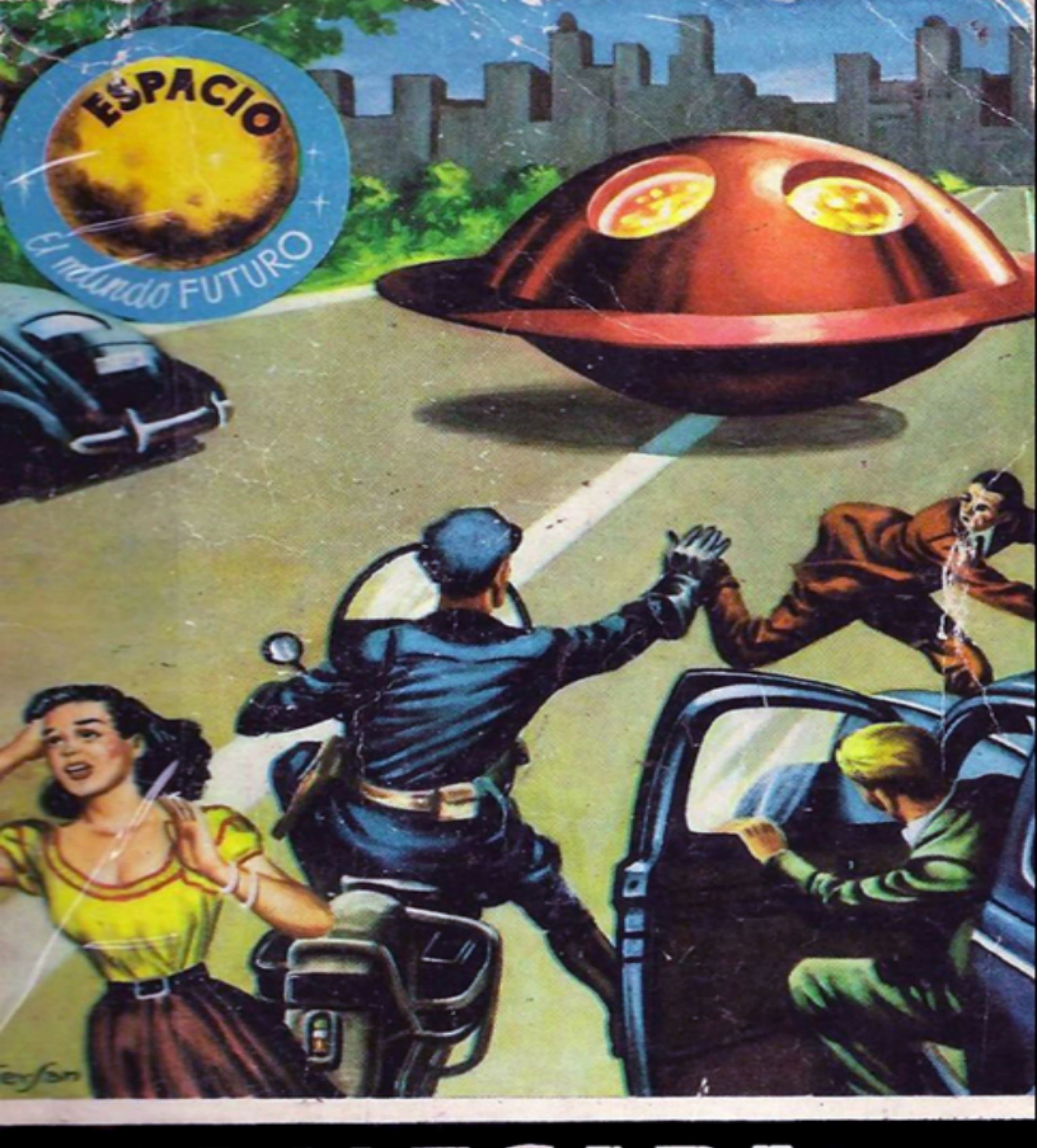


LA LLEGADA DE LOS "ZETAS"

LAW SPACE

La llegada de los "zetas"

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/103

CAPÍTULO I

Se terminó Olson de poner la chaqueta, se anudó el nudo de la corbata, que había deshecho a medias para estar más cómodo, y encendió un cigarrillo antes de preguntar a su compañero:

—¿Conoces las instrucciones?

Bob, que había hecho lo contrario que su amigo: quitarse la americana y desaflojarse el nudo de la corbata, encendió igualmente un cigarrillo y entornó los ojos, con el propósito de que el humo no penetrase en ellos.

Después contestó:

—Creo que todo se limita al «lanzamiento doble» a las doce, ¿no es así, querido amigo?

—Sí. Pero no estará de más que pienses en ello un poco.

Señaló la novela que Bob había dejado sobre la mesa.

—Eres capaz —prosiguió— de olvidar la hora, metido en esas tonterías que lees.

Y como para demostrar que la palabra «tontería» estaba bien implicada, se acercó a la mesa, volvió el libro, que estaba con la última página hacia arriba, y con tono burlón leyó: «Los habitantes de las lejanas galaxias».

Después dijo:

—¡Es formidable! Apenas nos hemos asomado al espacio, llevamos seis años lanzando satélites más o menos grandes, y ya hay gente capaz de hablar de vida en las galaxias...

—¿Y qué?

—Que habrá que llenar de manicomios el país.

—No le veo la gracia.

—¡Pero, Bob, por el amor de Dios! ¿Es que no te das cuenta de que estos tipos que escriben esto se ríen de ti y de todos los que les leen, a carcajada limpia?

—No lo creo. Estos hombres intentan, sencillamente, anticiparse a su época y llevarnos a otros tiempos que, indudablemente, serán mejores que éstos.

—¡Bobadas! ¡Sueños de niños! ¿Qué saldremos ganando, nosotros o nuestros nietos, de que haya habitantes en otras galaxias? i Si vamos a tardar doscientos años en llegar a Marte y un buen millar hasta que lleguemos a Plutón...

—Pero llegaremos; tú mismo lo admites.

—Puede que sea así; pero... ¡a las galaxias! ¡si la luz tarda miles y hasta millones de años en llegarnos desde allí, Bob!

—Tendremos aparatos que correrán mucho más que la luz.

—¡No digas disparates!

—No lo son.

Olson se encogió de hombros.

—Está bien. Ya sé que no hay nada que hacer para que la verdad llegue a tu mente. La tienes rodeada de demasiadas lecturas de esas para que puedas ver las cosas como son.

—Eso es lo que tú crees.

—De acuerdo. Lo que interesa es que no olvides que a las doce debes dar paso a doble corriente. Nueva York celebra el día de los Estados Unidos; es decir, la noche, y necesitan iluminar la ciudad por

completo.

—No te preocupes. Lo haré.

—Eso espero... ¡Y cuando llegues a esas galaxias, les das cariñosos recuerdos a sus habitantes, de mi parte!

Ahora fue Bob quien se encogió de hombros y sonrió cuando su amigo hubo desaparecido, cerrando la puerta tras sí. El rumor del ascensor le demostró que Olson volvía a su casa, donde su esposa le esperaría, como cada noche, rodeada de pequeños por todas partes.

¿No sería envidia?

Olson ganaba la misma cantidad que él, pero estaba casado y con una buena «tribu» de pequeños. Mientras, él podía permitirse el lujo de comprar libros y más libros, viviendo un poco al margen de la existencia vulgar que los dos amigos llevaban.

Al lanzar una mirada a su alrededor, Bob tuvo que decirse que aquella sala de control, de la más importante central eléctrica de los Estados Unidos, situada junto a la frontera con el Canadá, no era precisamente un lugar divertido.

Todas las paredes estaban llenas de cuadros, de relojes, de manecillas que oscilaban constantemente, como si poseyesen vida propia, y de palancas —palancas y más palancas— cuya significación se sabía él de memoria, a ciegas.

¡Cuánto le hubiese gustado ser otra cosa!

Devorador de revistas y novelas de anticipación científica. Bob Prester soñaba siempre despierto. Por eso no era extraño que su compañero le pinchase siempre, ya que no eran uno sólo los errores que había cometido por distracción.

Pero ¿qué culpa tenía él?

Le fastidiaba la monotonía de aquel trabajo estúpido: 20.000 voltios para la primera línea, rebaje de energía para la tercera, control de paso por cada una de las líneas.

Empujar palancas, bajarlas, volverlas a empujar y mirar, de la manera más distraída del mundo, aquellos cuadros y relojes que habían perdido toda significación posible para él.

— Si no fuese por Betty!

Se sorprendió, al hacer aquella exclamación en voz alta, experimentando la misma sensación de ternura que le invadía cada vez que recordaba a la muchacha.

Betty Cameron era el único punto dulce de la vida de Bob, además —eso por descontado—, de las lecturas amadas.

La muchacha vivía con su padre, Peter Cameron, el jefe de control de la central, en uno de los tres edificios que, perdidos entre cables y postes, se levantaban en aquella zona agreste de la frontera. La otra casa, la segunda en importancia, la habitaban Olson y su familia. La tercera, la más pequeña, era la suya.

Tres casas y un bosque de postes, que los cables cruzaban en todos los sentidos, era el mundo de Bob.

¿Qué hubiese sido de él de no encontrar en la lectura un nuevo mundo, que, de vez en cuando, salpicaba de ternura algún beso robado a Betty?

Echó una ojeada al reloj.

Faltaba aún media hora para que tuviese que «dar paso» a una doble cantidad de corriente. Y, al imaginar la diversión que esperaba a los habitantes de la ciudad, sonrió tristemente.

¡Algún día habitaría él en una gran ciudad!

Tomó asiento en su cómodo sillón, cara a los mandos de la central, y alargando el brazo se apoderó del libro, que se abrió mansamente por el sitio en donde lo había dejado el día anterior.

»La astronave realizó su última aceleración. De sus toberas plateadas surgieron los últimos chorros de fotones y, poco después, se detenía, ya fuera del mundo que ellos habían concebido…

»Elmer y Olisa se miraron…

»EI brillo de sus ojos era mucho más expresivo que todo lo que se hubieran podido decir en aquellos momentos cruciales. Se levantaron y marcharon hacia la plataforma de popa, a través de cuya pared transparente echaron una emocionada ojeada a las miríadas de estrellas que habían dejado atrás.

— »¡La Vía Láctea! —dijo él.

»Ella fue incapaz de decir nada; el silencio, no obstante, era mucho más explícito, y al ver aquellos mundos que habían quedado atrás para siempre como un acto definitivo de sus vidas, no pudo por menos de dejar que las lágrimas saliesen de sus ojos deslizándose suavemente por sus mejillas.

»Luego fueron a proa.

»Allá enfrente, brillantes como una estrella más viva que todas las que habían visto jamás, estaba SU NUEVO SOL, el que alumbraría la vida de las nuevas generaciones que surgirían de ellos dos; el que pondría una nota dorada a los bucles del primer hijo...»

Bob levantó la mirada.

Eran las doce menos diez.

«Habían dejado el viejo mundo, la amada y sufrida Tierra que, después de una horrible guerra atómica, se había convertido en un mundo imposible, en algo cuyo solo recuerdo hacía estremecer...

»Pero ahora, habiendo atravesado la astronave, de popa a proa, habían vuelto definitivamente la espalda al pasado, llenos de vida y de entusiasmo, dispuestos a forjar una nueva Humanidad, bajo otros cielos, igualmente benditos por la creación...

»EI había cogido a la muchacha por la cintura, apretando su cuerpo contra el de la joven, como si ya, en la cercanía de la llegada al nuevo sistema, quisiera fundirse con ella; como si entendiese, mejor que de cualquier manera, el maravilloso futuro que les esperaba.»

Bob se sintió completamente feliz, identificado con el protagonista de aquella hermosa historia. Y, cerrando los ojos, se imaginó a bordo de aquella colosal astronave, junto a Betty, en busca de un mundo mejor.

Inconscientemente, su mirada se posó sobre el reloj.

¡Las doce menos dos minutos!

Levantándose, dejó cuidadosamente el libro sobre la mesita auxiliar, prometiéndose seguir las estupendas aventuras de aquella pareja en cuanto hubiese cumplido con su trabajo.

Pacientemente esperó que la aguja del minutero corriese libremente;

después, veinte segundos antes de medianoche, empezó a pulsar las palancas, enviando a la lejana ciudad un chorro fabuloso de energía.

En aquel momento, Nueva York podía estar orgullosa de ser la ciudad mejor iluminada del mundo.

Bob imaginó sus amplias calles, que sólo conocía por la televisión, brillantes, hasta hacer daño a los ojos de los peatones, mezclando sus luminarias de todos los colores, en una apoteosis lumínica sin precedentes.

Sintió un poco de envidia por aquella colosal fiesta que iba a celebrarse a muchos kilómetros de allí; pero, casi en seguida, después de repasar las agujas de los cuadros y relojes, volvió a su asiento, cogiendo cariñosamente el libro.

No pudo resistir la descripción que el autor hacía, con detalles prolijos, de la aproximación de la astronave al nuevo sistema. E incapaz de esperar más, pasó precipitadamente unas hojas, encontrando a sus héroes en él nuevo planeta, justo cuando bajaban del fabuloso aparato que les había llevado hasta allí.

«Cogidos fuertemente de la mano, descendieron por la rampa que acababa de surgir a sus pies.

»Una indescriptible emoción les embargaba.

»Antes de abrir la compuerta estanco de la espacionave, los aparatos de control y análisis les habían demostrado que la atmósfera de aquel lejano mundo no poseía nada de nocivo y que era idéntica a la del planeta Tierra.

»Ahora, cuando hollaron por vez primera su suelo, se percataron, sin necesidad de decirse una sola palabra, de la importancia de aquel acto, de la trascendencia de aquellos primeros pasos…

»EI se adelantó un poco, dejando a la muchacha detrás* como si desease hacerle entender que estaba dispuesto a ser siempre el primero, a defenderse y a hacer cara a los peligros que la nueva existencia podía presentar.

»Y, entonces, al mirar hacia el suelo, vio las huellas claras, perfectamente dibujadas, de unos zapatos claveteados, que probaban, indiscutiblemente, su manufacturado de origen humano.»

Allí acababa el capítulo, y Bob se sintió invadido por el enigmático

«suspense» que destilaba el autor.

Fue a pasar la página, no sin cierto arrobo, cuando el teléfono repiqueteó con una insistencia frenética.

Se levantó, del peor humor del mundo, preguntándose quién podía ser el pesado que le interrumpía en aquel momento. Dejó el libro y descolgó el aparato.

—¡Diga!

—¿Qué demonios ocurre, Bob?

Era la voz de Cameron, el jefe de la central.

—Nada, señor, que yo sepa.

—¿Y qué es lo que sabe usted? ¡Seguro que estaba embobado con esos libracos del demonio!

Bob tragó saliva, con visible dificultad.

—Yo... —balbució.

—¡Repase los aparatos, mentecato! ¡Nueva York está a oscuras!

—Un momento.

Dejó el aparato descolgado, y repasó los cuadrantes, viendo, con horror, que las agujas se movían como alocadas.

—La corriente pasa, señor Cameron; debe de ser una avería en la línea.

—¡Conecte los cuadros de control, Bob! Así sabremos dónde está esa avería.

Los cuadros de control estaban completamente fundidos.

Así lo dijo a su jefe.

—¡No toque nada, calamidad! Voy ahora mismo para allá... ¡Y si ha cometido una nueva torpeza, esta vez no tendrá escape alguno!

Bob oyó el chasquido violento que había producido el aparato al ser colgado al otro extremo del hilo, y se quedó parado, sin saber qué hacer, profundamente extrañado por todo aquello.

Repasó los cuadros, sin tocar nada, haciendo algunas anotaciones que podían serle útiles después.

Quince minutos más tarde, la puerta se abría, dando paso a Peter Cameron y Olson, que tenía los ojos enrojecidos por el sueño, del que debía haber sido violentamente sacado.

Sin decir una sola palabra, Cameron, un hombre fuerte, achaparrado, de anchas espaldas y pelo entrecanoso, repasó los cuadros, movió las palancas y, finalmente, volviéndose hacia Olson, dijo:

—No lo entiendo.

Bob se atrevió a sonreír. Aquello demostraba que él no había tenido la culpa.

De todas maneras, retrocedió, disimuladamente, de espaldas, consiguiendo esconder el libro que había dejado abierto sobre la mesa.

—Es extrañó —volvió a decir Peter—, pero sigo sin entenderlo. La corriente continúa yendo hacía fuera y, por otra parte, no hay muestra alguna de un cortocircuito... ¡Llama a Nueva York, Olson!

El otro se precipitó hacia el aparato, solicitando la comunicación. Momentos más tarde, tendía el aparato a su jefe.

—¡Diga!

—¿Es Cameron?

—Sí.

—¿Qué demonios pasa, Peter? ¡La ciudad sigue a oscuras!

La voz sonaba colérica.

—Pero, señor...

Su interlocutor le interrumpió.

—¡Déjese de bobadas, Cameron! El alcalde y las autoridades están fuera de sí... ¡Hay que solucionar esto en seguida!

—Telefonearé inmediatamente a los equipos de helicópteros, señor.

—Eso es lo que hay que hacer. ¡Pero pronto, Cameron, que la cosa urge!

Y colgó.

Un poco más tarde, cien helicópteros recorrían, en plena noche, la zona de las líneas de alta tensión que unían la central de la frontera con la más populosa ciudad del mundo.

Recorrían las líneas.

Sirviéndose de reflectores, iluminaron ampliamente la zona, en busca del lógico corte o la misteriosa derivación que había dejado a oscuras la ciudad y otras muchas.

Por radioteléfono fueron comunicando sus impresiones a la central. Febrilmente, Olson y Bob iban anotando en sus libretas los datos que Cameron les dictaba.

—Sin novedad en el sector 23.

—Correcto el sector 64.

—Nada en el sector 89.

—Normal el sector 51.

—No se ve nada anormal en el sector 85.

—En orden el sector 96.

Y, de repente, las noticias cesaron. Raros sonidos llegaron hasta el aparato telefónico de la central, pero Cameron no pudo obtener nada hasta que, media hora más tarde, uno de los pilotos le llamó urgentemente.

—¡Todos los aparatos, excepto el mío, se han desplomado en el suelo!

CAPÍTULO II

Patrick Mendelssohn, a pesar de su musical apellido, no tenía más afición que las cuestiones eléctricas, fuera de las cuales, nada le importaba.

Cosa que, en cierto modo, le ocurría a su interlocutor, Jack O'Brien, que en aquel momento tenía los ojos entornados, como si observase un punto invisible para alguien que no fuese él.

—¿Es que no va usted a decirme nada, O'Brien? —inquirió Patrick, con un gesto adusto.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que le relate los hechos una vez más? ¡Está bien y ahí van! En la noche de ayer, y de una manera que no podemos ni explicar ni esclarecer, la ciudad de Nueva York y veintitrés más, todas ellas dependientes de la Central Canadiense, así se llama a nuestra central de la frontera, sufrieron un apagón de seis horas, en plena fiesta de conmemoración patriótica, haciéndola fracasar rotundamente. Además, todos los helicópteros del Servicio de Control, excepto uno, se estrellaron misteriosamente, causando doscientas bajas en los hombres de este servicio. Nuevas investigaciones, realizadas a la luz del día, no han permitido descubrir anormalidad alguna en el tendido ni en la central... Eso es todo.

—¿Y le parece poco?

—Yo no he dicho eso. Me he limitado a repetir, por enésima vez, la sucesión escueta de los hechos.

—Me he devanado los sesos. Como usted, como cientos de gentes que no habrán dejado de pensar en ello; pero, desdichadamente con el mismo resultado: nada de nada.

—De lo que podemos estar completamente seguros —dijo el otro— es de que no se trata de ningún atentado.

Jack rió antes de decir:

—Pero ¿cómo puede usted pensar en eso? Nadie se atrevería a acercarse a un cable de alta tensión, si no fuese para destruirlo. Pero no conozco ninguna clase de poder capaz de «robar» electricidad de un sistema como el nuestro.

Patrick se le quedó mirando, profunda y largamente; después exclamó.

—¿Sabe usted que acaba de darme una idea?

—¿Usted lo cree?

—Sí. Más que creerlo, estoy seguro...

—¿De qué?

—De que lo que ha pasado se reduce a eso: a un robo de electricidad.

Sonrió O'Brien.

—¿Robar... electricidad?

—¿Qué otra cosa puede haber ocurrido? —protestó vivamente—. No, amigo mío, no es necesario que vuelva usted a decirme lo que ocurrió; me lo sé de memoria. Lo que he conseguido saber ahora, gracias a sus palabras, es que se trata de un robo; del más extraño de los robos...

— ¿Sigue usted aferrado a esa loca hipótesis?

—Déjeme hablar de una vez, O'Brien. Si examinamos fríamente lo ocurrido, podemos llegar a la conclusión de lo siguiente:

«Primero. —Sin que nada ocurra en el material productor o conductor, toda la electricidad destinada a una ciudad deja de llegar a ésta por espacio de varias horas.

»Segundo. —Esta electricidad, en forma de corriente de alta tensión, HA SALIDO DE LA CENTRAL y, amigo mío, NO HA LLEGADO A SU DESTINO. Hablando más claramente. SE HA EVAPORADO MISTERIOSAMENTE EN EL CAMINO.

»¿Qué le parece?»

Jack había encendido otro cigarrillo.

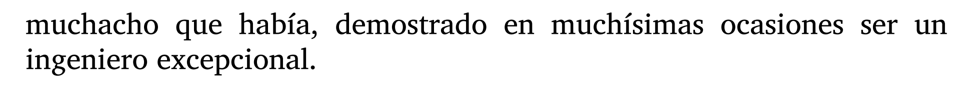
—¿Qué qué me parece? Todo eso estaría muy bien si se tratase de un tren o de una caravana de coches, mi amigo; pero, que yo sepa, no se puede robar una fuerza tan formidable como ésta. PORQUE NO PODRIA UTILIZARSE EN NINGUNA FORMA CONOCIDA.

»¿Para qué puede robarse esa electricidad? ¿Dónde la han llevado? ¿Qué clase de red portadora de corriente de alta tensión se ha descubierto? ¿Dónde se encuentran esos billones de voltios que se evaporaron anoche?

»Como verá, señor Mendelssohn, la incógnita sigue en pie, sin que nuestros pobres cerebros puedan hacer algo por despejarla.

»Aunque puede haber ocurrido otra cosa.

Los ojos de Patrick se animaron. Tenía plena confianza en aquel


muchacho que había, demostrado en muchísimas ocasiones ser un ingeniero excepcional.

—¿Cuál es su idea, O'Brien?

—¡Bah! No es más que otra hipótesis que se me acaba de ocurrir ahora mismo. Creo que estamos ante un hecho natural desconocido; algo que ha hecho que la electricidad se desviase hacia alguna parte, quizá hacia la atmósfera, debido a un fenómeno cuya esencia desconocemos aún.

—Es posible. Eso hasta puede explicar los accidentes de los helicópteros… —tendió la mano hacia unas hojas de papel que tenía sobre el despacho—. Las observaciones del superviviente son demasiado parcas y, al mismo tiempo, un tanto confusas y extrañas.

Había cogido el papel y después de echarle una ojeada, dijo, con un tono cansado en la voz:

—Nada de especial. Vio caer a sus compañeros y le pareció haber descubierto una serie de puntos luminosos a lo largo de la línea de alta tensión, en el sector que estaba recorriendo.

—¿Puntos luminosos?

—Eso dijo; pero no aclara nada.

Jack asintió con la cabeza.

—Sigo creyendo que se trata de un fenómeno completamente nuevo; algo que podíamos llamar «sublimación eléctrica».

—Me gustaría conocerlo mejor y no saber cómo llamarlo.

Hubo una larga pausa entre ellos.

Después, Jack se levantó de su asiento.

—He de irme. Tengo que despedir a mi prometida, que sale dentro de poco para Europa.

—¿Barco?

—Sí. Lo prefiere al avión. Va a Londres a dar unas conferencias sobre Biología.

—¡Buena pareja harán ustedes! Un ingeniero y una sabia… Procuren,

por lo menos a las horas de comer, dejar de charlar de cosas científicas.

—Nunca lo hacemos. Yo leo sus trabajos y ella los míos; pero no somos de esa clase de pedantes a los que usted alude.

Mendelssohn se levantó a su vez.

—Mañana recorreremos personalmente la línea, Jack. Tenemos que examinar detalladamente el tendido y procurar hallar algo que pueda satisfacer la curiosidad, y la irritación, de los directores de la Empresa. Nunca los vi tan enfadados.

—¿Y qué quieren que hagamos nosotros? ¿Milagros? Nunca ha ocurrido absolutamente nada, y lo de anoche no puede culparse ni al personal ni al material...

—Ya lo sé, O'Brien; pero, de todos modos, hay que ponerse en su lugar. Recibieron un formidable rapapolvo, de las autoridades. Qualer me dijo que hasta le amenazaron velada- mente de cambiar toda la Empresa y confiar la iluminación de la ciudad y el suministro de energía a otras centrales del Norte del país. Sería la ruina para todos.

—Estoy de acuerdo; pero, si lográsemos demostrar que se trata de un hecho natural, que igual puede ocurrimos a nosotros que a cualquiera...

—¡Eso es precisamente lo que necesitamos, Jack: un culpable! La naturaleza o cualquiera otro. Alguien para presentar delante de esos ceñudos caballeros, demostrándoles que sabemos lo que nos traemos.

Se estrecharon la mano y después de precisar la cita para el día siguiente, el joven salió del despacho, tomando el ascensor que le dejó en la planta del edificio.

La cabeza le daba vueltas.

Desde el momento en que la alarma fue dada, la noche anterior, a las doce y tres minutos, no había cerrado un ojo, y empezaba a sentirse cansado.

Tomó un taxi, haciéndose conducir a la casa de su prometida, a la que halló terriblemente ocupada y rodeada por completo de maletas a medio hacer y baúles abiertos.

—¿Estás tan retardada, querida? —preguntó, después de besarla

rápidamente en una mejilla—. ¡Vas a perder el barco!

Rose Tremp era alta, esbelta, muy rubia y con unos hermosos y profundos ojos azules. Iba vestida con sencillez, pero la distinción exhalaba positivamente de toda ella.

—¿Cómo quieres que esté, Jack? Anoche me puse a hacer las maletas, cuando nos quedamos sin luz... ¿Habéis averiguado algo?

—Nada.

—Patrick estará preocupado.

—¡No puedes imaginártelo bien! Nunca le vi tan deprimido como hoy.

—Es natural.

El la sonrió, y señalando uno de los bultos, preguntó:

—¿Quieres que te eche una mano?

—De acuerdo; pero dedícate a aquel baúl, en el que has de meter todos aquellos libros. Estas maletas son de mi ropa y no tienes autorización, al menos todavía, para reconocer las intimidades de la que será tu mujer.

—Está bien.

Y se puso a trabajar arduamente, colocando los volúmenes en columnas cerradas. De vez en cuando echaba una ojeada al título de alguno de ellos y, sin poderlo remediar, sonreía, al recordar las palabras de Mendelsshon.

No, ellos no serían de esas parejas que charlan constantemente de sus respectivas cuestiones profesionales. Rose era demasiado mujer para caer en tan pedante postura.

La miró, descubriendo, como de costumbre, aquel encanto femenino que parecía brotar de su silueta. Y se sintió el más feliz de los mortales, el más dichoso de los hombres.

Después, sin transición, se puso a pensar en el problema que le preocupaba, repasando detalladamente la conversación que había tenido con su jefe.

La idea de que se trataba de un fenómeno natural había anclado profundamente en su espíritu.

¿Qué otra cosa podía haber sido?

Por muchos esfuerzos que hiciese, repasando mentalmente leyes y principios, no podía hallar nada que explicase la misteriosa «evaporación» de la electricidad.

—¿Te has cansado ya, cariño?

La voz de la muchacha le sobresaltó y se echó a reír al ver que se había quedado con unos libros en la mano y con los ojos entornados.

—Perdona, amor mío, pero estaba pensando.

—Ya lo he visto. Es un fastidio que os haya ocurrido una cosa así, ¿no es verdad?

—No te preocupes. Es mejor dejar de pensar en ello. Hasta que no podamos saber lo que ha pasado, todas las preocupaciones no nos servirán de nada.

Media hora más tarde habían terminado con el equipaje de la muchacha y pudieron servirse algo de beber, esperando la llegada de los mozos, que se encargarían de llevarlo todo a bordo.

Rose pensaba pasar varias semanas en Europa y Jack le dijo que la llamaría por teléfono cada día.

—Se me va a hacer el tiempo terriblemente largo —añadió.

—También a mí, querido; pero por fortuna, no somos de esos seres desocupados, para los que el tiempo transcurre con una lentitud desesperante. Yo, con mis conferencias, y tú, con tus problemas, ya verás como muy pronto irás a recibirme al muelle.

—No es por eso, Rose. La verdad es que me hubiese gustado acompañarte. Llevo un año sin vacaciones, debido al tendido urgente de las nuevas líneas del Oeste, y Patrick me hubiera concedido fácilmente un par de semanas, por lo menos.

—¡Qué le vamos a hacer! Quizá, después de todo, el asunto que te ocupa pueda darte una fama estupenda.

—¡Al diablo la fama! ¿Crees que vamos a descubrir la verdad?

—¿No lo conseguiréis?

—Lo veo muy difícil. Si mis ideas no son erróneas, se trata de algo

natural, que bien puede no producirse jamás. Si es así, todos nuestros esfuerzos serán baldíos.

La llegada de los mozos les interrumpió, abandonando después el apartamento y dirigiéndose hacia el muelle en un taxi.

El «Vestal», uno de los barcos más rápidos de la flota mercante estadounidense, levantaba su grácil silueta en el muelle. Sus dos chimeneas aerodinámicas, dibujaban una curva continua, desde el puente a los departamentos de popa.

El vehículo que los llevaba se detuvo junto a la pasarela y ambos jóvenes saltaron al suelo.

—Te llamaré pasado mañana —aseguró O'Brien.

—¿Tan tarde?

—¿Que quieres decir?

—Podías telefonearme mañana, al barco, si no estás demasiado ocupado.

—Lo haré. Aunque todo depende de lo que Patrick y yo hagamos.

Subió con la joven al barco y visitaron ambos el camarote de ella. Los equipajes estaban allí y Jack ayudó a la muchacha a colocar algunos libros, que ella llevaba en la cartera de mano, en la estantería de la diminuta biblioteca disimulada en la pared de la cabina.

—¿Cuándo has de dar la primera conferencia?

—El mismo día de la llegada.

—Te deseo mucho éxito…

El interfono de a bordo avisó respetuosamente a los visitantes de que debían abandonar el barco.

Jack y Rose se besaron largamente.

—Hasta pronto, querido.

—Adiós, Rose. Cuídate mucho y no te fatigues demasiado. Si tuviésemos un poco de suerte y desembrollásemos este absurdo problema, iría en avión a reunirme contigo.

—¡ Ya verás como lo logras!

El salió de la cabina, avanzando rápidamente hacia la salida del barco. Cuando terminó de bajar por la pasarela y se volvió hacia el buque, una vez en el muelle, vio a la muchacha que había llegado al puente y que le saludaba con la mano.

Sin saber exactamente por que O'Brien experimentó una tristeza que le empapaba como un chaparrón intempestivo y desagradable.

Volviéndose de espaldas al mar, el joven se dirigió, con los hombros bajos, hacia la estación de taxis, dando la dirección de su propio domicilio.

CAPÍTULO III

Durante todo un largo día, unas veces en helicóptero, las más en coche «todo-terreno», recorrieron una amplia zona que comprendía casi la totalidad de los sectores que atravesaba el tendido de las líneas, desde el Norte mismo de la ciudad hasta la zona en la que estaba situada la central.

Habían examinado detalladamente el terreno y reconocido la inutilidad absoluta de sus esfuerzos.

Finalmente, llegaron a la Central.

Les esperaban sus componentes, que ya habían sido previamente avisados de su llegada.

Cameron se adelantó a los otros dos y estrechó la mano de los recién llegados.

—¡Bienvenidos a la Central, señores!

Después de saludar a los otros dos —Olson y Bob—, los recién llegados penetraron en el edificio de la Central, poniéndose inmediatamente a examinarlo todo, a palparlo todo, a comprobar y recomprobar los mecanismos que regían el funcionamiento de aquella formidable y sensible maquinaria.

—Nada —dijo Patrick, al cabo de un rato dejándose caer en uno de los sillones.

—Nada —repitió Jack, imitando a su jefe y con un aspecto de infinito cansancio.

Y mirando a Cameron preguntó:

—¿Quién estaba de guardia la célebre noche?

Peter se volvió, señalando a Bob.

—Este.

O'Brien examinó curiosamente a aquel muchacho, como si desease penetrarle profundamente. Vio sus ojos brillantes, su frente despejada y la turbación que empurpuraba ligeramente sus pálidas mejillas.

—¿No notó usted nada extraño? —le preguntó.

—Absolutamente nada, señor.

—¿Sirvió usted el exceso de corriente a la hora prevista?

—Pulsé las palancas a las doce menos dos minutos, señor.

—¿Y después?

—No noté nada.

Jack se volvió hacia Cameron.

—Hemos estado con los técnicos de los helicópteros, con los que han examinado los restos de los aparatos.

Peter asintió con la cabeza, respetuosamente, esperando que el joven siguiese hablando; pero como Jack parecía haberse quedado mudo preguntó:

—¿Han encontrado algo interesante, señor?

—¿Eh? —indudablemente. O'Brien estaba a mil leguas de aquel lugar en aquel instante—. ¡Ah, sí! Afirman categóricamente que se trató de la misma avería en todos los casos: fracaso del sistema eléctrico.

—¿Es posible?

—Sí. Para esos técnicos, fue como si los aparatos se hubiesen quedado sin electricidad Las bujías no despidieron chispa alguna, no hubo combustión ni explosión y los motores fallaron, rotundamente, haciendo que los helicópteros se convirtiesen en piedras... o como si lo hubiesen sido.

Hubo una corta pausa y Patrick, que había encendido un habano, movió pensativamente la cabeza.

—Es curioso —rezongó—, pero todo fue una cuestión de ELECTRICIDAD; sólo esto falló, tanto en el suministro de corriente como en los mismos autogiros...

—¿Y no han encontrado ustedes nada? —inquirió Peter.

—Nada.

El teléfono se puso a sonar poco después en medio del silencio que había seguido a las palabras de Patrick.

Bob descolgó el aparato, preguntando qué era lo que deseaban. Escuchó atentamente unos segundos y miró después a Jack.

—Es para usted, señor O'Brien.

Jack se levantó apresuradamente y se apoderó del micro- teléfono.

—¿Diga?

—¿Es Jack O'Brien?

—Sí. ¿Quién está al aparato?

—Harry.

Harry Combler era un amigo de Rose y colaborador de la muchacha en sus trabajos biológicos.

—¿Qué pasa, Harry? —se intranquilizó el joven, extrañado de que el muchacho le llamase a la Central.

—Llevo una hora siguiéndote la pista... ¡Creí que no podría encontrarte!

—Pero, ¿qué ha ocurrido para que me llames?

Hubo una cortísima pausa; después:

—No se sabe nada del «Vestal».

—¿Eh?

La angustia le atenazó la garganta, dejándole sin respiración.

—No debes preocuparte excesivamente —dijo su interlocutor-. Ya han salido aviones en su busca y barcos del servicio de guardiamarinas. Además, no se ha recibido ningún S.O.S.

—Pero, ¿cómo es posible? El «Vestal» es el mejor barco.

—Ya lo sé. Yo te lo he comunicado, porque sabía que te interesaba y que harás lo imposible por saber lo que ha pasado. Yo, encerrado en este laboratorio, no puedo moverme...

—¿Cómo lo has sabido?

—Intenté llamar a Rose esta mañana. Tenía que preguntarle algo sobre unos cultivos que estamos tratando. Un amigo mío, de la Compañía, me dijo en secreto, que llevaba seis horas sin saber absolutamente nada del barco.

—¡Gracias, Harry!

—¿Qué vas a hacer?

—Regresar en seguida a Nueva York y hablar con el director de la Compañía... ¡No podemos permanecer con los brazos cruzados!

—Tenme al tanto de lo que ocurra, Jack; por favor.

—Así lo haré.

—Y colgó.

La mirada de Patrick se encontró inmediatamente con la suya y Jack le puso rápidamente en antecedentes.

—¡Qué raro! —exclamó Mendelssohn.

—Sí que es raro. Ya he dicho a Harry que el «Vestal» es nuestro mejor barco, el mejor trasatlántico del mundo. ¡Tengo que volver a Nueva York!

—Lo comprendo. Yo también regreso. Aquí no podemos hacer nada.

* * *

Rose terminó de tomar las notas de su primera conferencia, cuyo texto acababa de repasar íntegramente, encendiendo un cigarrillo después de cerrar el bloc que había tenido en las manos.

La cabina profusamente iluminada, tenía un agradable ambiente y ella, la muchacha, se percató de lo familiar que le parecía todo aquello, confortable, suntuoso y amable al mismo tiempo.

Se estiró, glotonamente, sonriendo a la imagen que le devolvía el amplio espejo de la coqueta; luego, poniéndose en pie, se dijo que ya era hora de vestirse para ir a cenar.

Se vistió en un santiamén, saliendo de la cabina y dirigiéndose, despacio, hacia el comedor de primera clase.

Un elegante «maítre» le salió al paso.

—¿Una mesa, señorita?

Ella miró, antes de contestar y con un cierto desamparo en el rostro, la inmensidad del comedor, pensando en la tremenda posibilidad de tener que comer en una de aquellas mesitas solitarias, cosa que no deseaba en modo alguno.

El eficiente «maítre» pareció leer sus pensamientos.

—¿Quiere usted sentarse en la mesa del capitán y los oficiales, señorita Tremp?

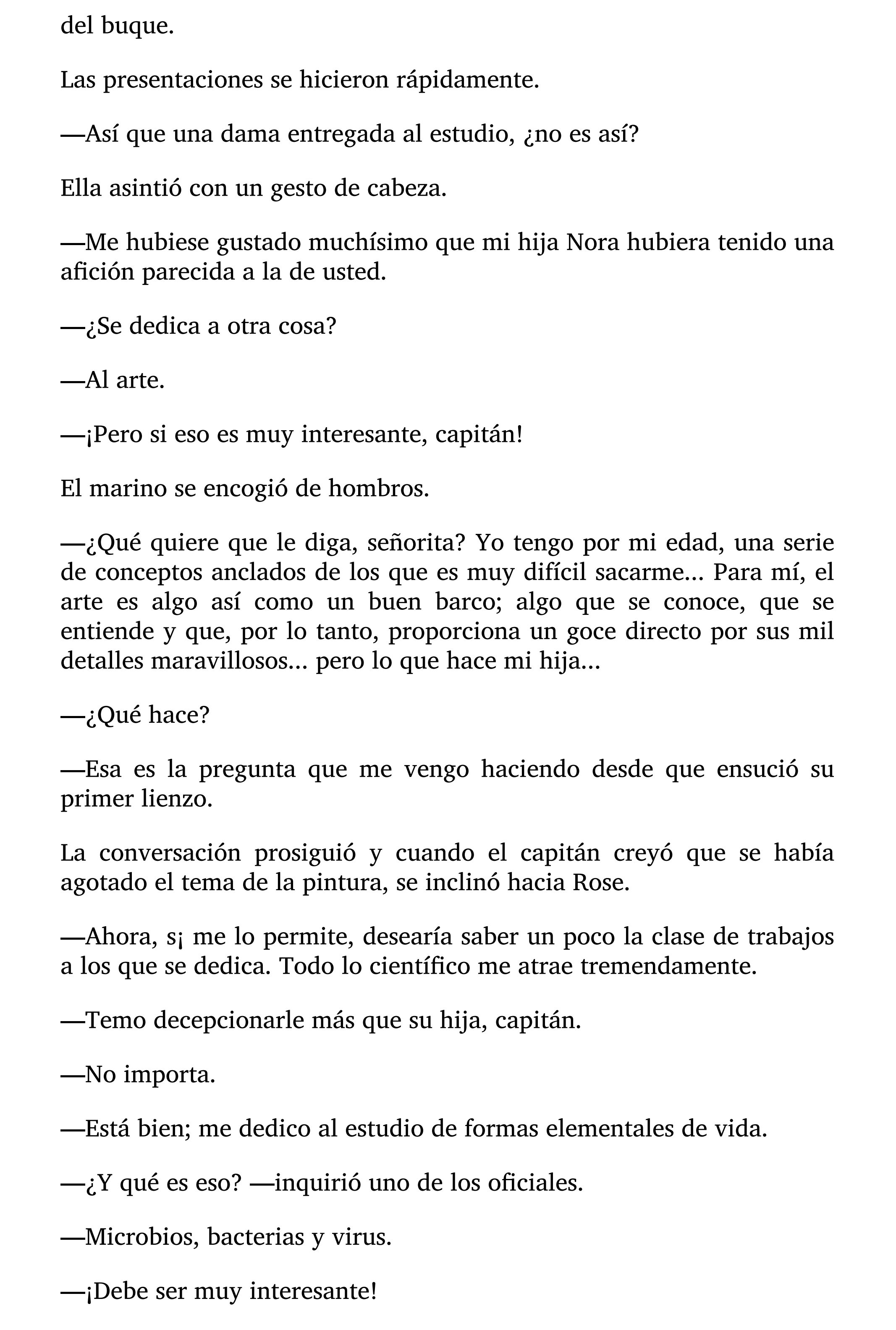
—¿Cómo? ¿Conoce usted mi nombre?

—Es uno de mis deberes, señorita.

—Ciertamente gentil de su parte, amigo mío. La soledad sería verdaderamente horrible esta noche.

—Tenga la amabilidad de seguirme.

Todos los oficiales, y el capitán en primer término, se levantaron al unísono, haciendo honor a la llegada de la bella muchacha, que les sonrió cariñosamente, tomando asiento a la derecha del comandante


del buque.

Las presentaciones se hicieron rápidamente.

—Así que una dama entregada al estudio, ¿no es así?

Ella asintió con un gesto de cabeza.

—Me hubiese gustado muchísimo que mi hija Nora hubiera tenido una afición parecida a la de usted.

—¿Se dedica a otra cosa?

—Al arte.

—¡Pero si eso es muy interesante, capitán!

El marino se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga, señorita? Yo tengo por mi edad, una serie de conceptos anclados de los que es muy difícil sacarme… Para mí, el arte es algo así como un buen barco; algo que se conoce, que se entiende y que, por lo tanto, proporciona un goce directo por sus mil detalles maravillosos… pero lo que hace mi hija…

—¿Qué hace?

—Esa es la pregunta que me vengo haciendo desde que ensució su primer lienzo.

La conversación prosiguió y cuando el capitán creyó que se había agotado el tema de la pintura, se inclinó hacia Rose.

—Ahora, s¡ me lo permite, desearía saber un poco la clase de trabajos a los que se dedica. Todo lo científico me atrae tremendamente.

—Temo decepcionarle más que su hija, capitán.

—No importa.

—Está bien; me dedico al estudio de formas elementales de vida.

—¿Y qué es eso? —inquirió uno de los oficiales.

—Microbios, bacterias y virus.

—¡Debe ser muy interesante!


Los ojos de Rose brillaron intensamente.

—Para mí no hay nada que se le asemeje.

—¿Ha descubierto algo importante?

Ella sonrió.

—Algunas pequeñas cosas, pero no tan importantes como lo que imaginan. Ese es, justamente, el tema que voy a tocar en mis conferencias en Europa.

—¿Qué tema?

—El de la vida elemental. Hay ciertos virus —sus ojos se animaron nuevamente— que parecen no ser, en realidad, vida, tal y como lo concebimos nosotros. Se ha discutido mucho sobre su posible naturaleza cristalina.

—¿Son cristales?

—Por sus principales propiedades, sí; pero se alimentan y se reproducen como los demás seres vivos.

—¿Cristales que comen? ¡Eso es fantástico!

—Así es. En realidad, son formas vitales dudosas, que están situadas en el límite, en la frontera de lo vivo y de lo inerte.

—¡Pero debe ser un trabajo apasionante!

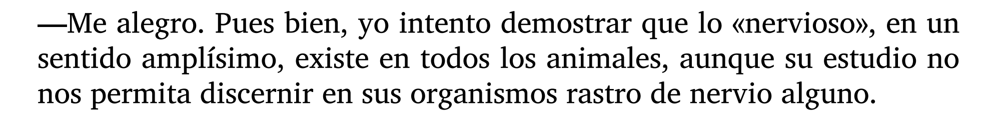
—Lo es. Ahora, justamente, estoy estudiando las influencias eléctricas en esos seres elementales.

—No le entiendo ni una palabra.

—Pues es bastante sencillo de explicar. Nosotros, seres complicados y superiores, poseemos un sistema nervioso que mantiene la vida. Sin él, no seríamos tan «superiores», ya que los nervios y la corriente que por ellos va, permiten nuestra existencia complicada.

»Cuando, retrocediendo en la escala animal, nos encontramos con seres que carecen, en absoluto, de sistema nervioso, hemos de preguntarnos cómo es posible que la materia viva se mantenga unida sin esa conexión nerviosa fundamental…

—Ahora la voy entendiendo, señorita.


—Me alegro. Pues bien, yo intento demostrar que lo «nervioso», en un sentido amplísimo, existe en todos los animales, aunque su estudio no nos permita discernir en sus organismos rastro de nervio alguno.

—¿Está usted segura?

—Completamente. Ahí juega su papel la electricidad.

—¿Cómo?

—Manteniendo una «unión» vital entre todas las partes de un cuerpo. Sin ella, los organismos se fraccionarían...

—¿No querrá usted decir que la vida es electricidad?

—Sí, en cierto modo. Todo es electricidad. La materia, sin ella, es inconcebible. Y la vida también. Sólo que ésta última posee una electricidad más complicada, como una «sobrecarga especial», que la anima.

—¡Es extrañísimo!

—Lo creo. Y, sin embargo, nada podría explicarse sin ello. La electricidad, en sí, no es más que una oposición constante, eterna, de dos signos completamente distintos; es la lucha de dos potencias, que hace que todo lo que existe sea posible.

»Alrededor del núcleo atómico, los electrones se defienden, en número y posición, haciendo posible que existan todos los elementos químicos que conocemos: metales y metaloides, así como los cuerpos orgánicos. Cuanto más complicado es un cuerpo químico, más «lucha eléctrica» hay en su seno. Y son precisamente estos cuerpos complicadísimos los que entran a formar parte de los seres vivos. Por eso he hablado antes de una «sobrecarga eléctrica».

—¡Es usted un sabio, señorita Tremp!

Ella sonrió, tan satisfecha como divertida.

—¡Ojalá lo fuese!

El capitán estaba encantado de haber conocido a una mujer tan extraordinaria como aquélla.

—¿Me permite invitarla a una copa de champán?

—¿Vamos a celebrar algo?

—Su personalidad…

Las copas se llenaron después, tras el alegre estampido de los tapones y el líquido ambarino vivió en el cristal su efímera y dorada existencia.

—¡Por nuestro próximo premio Nobel!

Ella estaba infinitamente contenta y perdonaba la exuberancia del capitán, segura de que lo que decía era de buena ley.

La orquesta del salón había empezado a tocar.

—¿Baila usted? —inquirió el capitán.

—¡Naturalmente! Mis «bichitos» me han robado muchísimo tiempo; pero no hasta el punto de olvidarme de ciertos deberes sociales.

El capitán se levantó, obsequioso, retirando la silla de la muchacha. Luego, ante la sonrisa cómplice de sus oficiales, tomó a Rose por la cintura y avanzó rítmicamente hacia el centro de la pista.

—Hija mía —le dijo, familiarmente—, espero que haya encontrado el hombre capaz de hacerla feliz.

—Ya lo he cazado, capitán.

—Francamente, permítame decirle que le envidio.

—¡Es usted tremendo!

—Es posible. Pero hay ocasiones, como ésta, en la que cualquier hombre, por muy bruto e ignorante que sea, y ése es desdichadamente mi caso, se percata de la presencia de una mujer extraordinaria.

Ella fue a decir algo, pero no pudo.

Justamente, en aquel momento, el buque quedó sumido en una oscuridad absoluta.

CAPÍTULO IV

¿Que ha ocurrido?

La exclamación, al mismo tiempo que de la boca del capitán, había surgido de todas las demás, y la gente, momentáneamente sobrecogida, permaneció donde el apagón les había sorprendido, temerosos de moverse en aquellas densas tinieblas.

—¡Harold! —gritó el comandante del «Vestal».

Pero su segundo, con una linterna en la mano, avanzaba ya hacia el centro de la pista.

Otras linternas habían sido encendidas y horadaban curiosamente la oscuridad.

—¿Qué desea, señor?

Telefonea a los electricistas y que me arreglen esto a toda velocidad. Entérese, al mismo tiempo, de qué sector del buque es el afectado.

—En seguida, señor.

Se alejó el segundo de a bordo y el capitán permaneció junto a la muchacha, de la que tenía una mano cogida entre las suyas, paternalmente, para infundirle ánimos.

—No tendrá miedo, ¿verdad, señorita Tremp?

—En absoluto, capitán.

—Será cosa de un par de minutos.

—Eso espero... ¡Es curioso que algo así ocurra en un buque!

—Pocas veces ocurre, esa es la verdad; pero no es imposible. Se trata, sin duda alguna, de un estúpido cortocircuito.

El segundo regresaba y el comandante le preguntó, antes de que llegara junto a ellos.

—¿Qué ha ocurrido, Harold?

El otro se acercó cuanto pudo al capitán y en voz baja, que sin embargo oyó perfectamente la muchacha:

—¡El teléfono no funciona tampoco, señor!



El capitán guardó silencio unos instantes; después, su voz recia se hizo oír:

—¡«Maítre»!

— ¡Mi capitán!

—Saque velas y candelabros para iluminar el comedor; que se haga lo mismo en los demás salones del barco... ¡Señoras y señores! Voy a ocuparme personalmente de esta «panne» imprevista. Les ruego tengan un poco de paciencia. Dentro de pocos minutos todo estará nuevamente en orden.

—Yo me quedo aquí —dijo la muchacha.

—Perfectamente. No se mueva; seguiremos charlando después.

Iluminado y precedido por su segundo, el comandante del «Vestal» abandonó el comedor, recorriendo los pasillos oscuros y dirigiéndose al puente de mando.

Al salir a cubierta, lanzó una mirada hacia los mástiles, percatándose de que las luces de posición habían igualmente desaparecido.

Frunció el entrecejo.

Una vez en el puente/ se percató de que allí tampoco había luz, a pesar de poseer baterías suplementarias. El piloto y el oficial de derrota, se servían de linternas para examinar los aparatos.

—¿Funciona el radar?

Deseaba, ya que los barcos no podían verle por falta de luces de posición, evitar una horrible catástrofe al «Vestal».

—Tampoco funciona, señor.

—¡Por todos los diablos!

El comandante se pasó la mano por la frente, no extrañándose al empaparse los dedos con un sudor frío.

No entendía lo que pasaba.

—Tendremos que detener el barco —dijo— y hacer uso de la sirena, aunque los viajeros se asusten. No podemos permanecer en esta oscuridad, dejando ignorar nuestra presencia a los demás.

Y después de una pausa gritó:

—¡«Stop»!

Las campánulas del timón sonaron al cambiar la velocidad por la quietud absoluta; después, momentos más tarde, la sirena empezaba a sonar lastimeramente, con cortos intervalos.

—Vamos a la radio.

Había cogido otra linterna y avanzó, velozmente hacia la cabina del radiotelegrafista.

El hombre se alumbraba con una vela.

—¡Hay que enviar un mensaje urgente!

—Lo lamento, señor. La radio no funciona.

—Pero... ¿qué diablos pasa en este maldito buque?

Y girando sobre sus talones, corrió, seguido por el segundo, hacia los departamentos de los electricistas de a bordo que, con linternas y velas, examinaban sus complicados aparatos.

—¿Qué clase de electricistas he traído? —aulló el comandante—. ¡Vamos a ver lo que ha pasado!

—No ha pasado nada, capitán.

—¿Eh? ¿Quiere usted tomarme el pelo?

—Yo...

—¿Qué diablos se ha roto en esta maquinaria?

—Nada, señor. Las dínamos siguen funcionando como siempre.

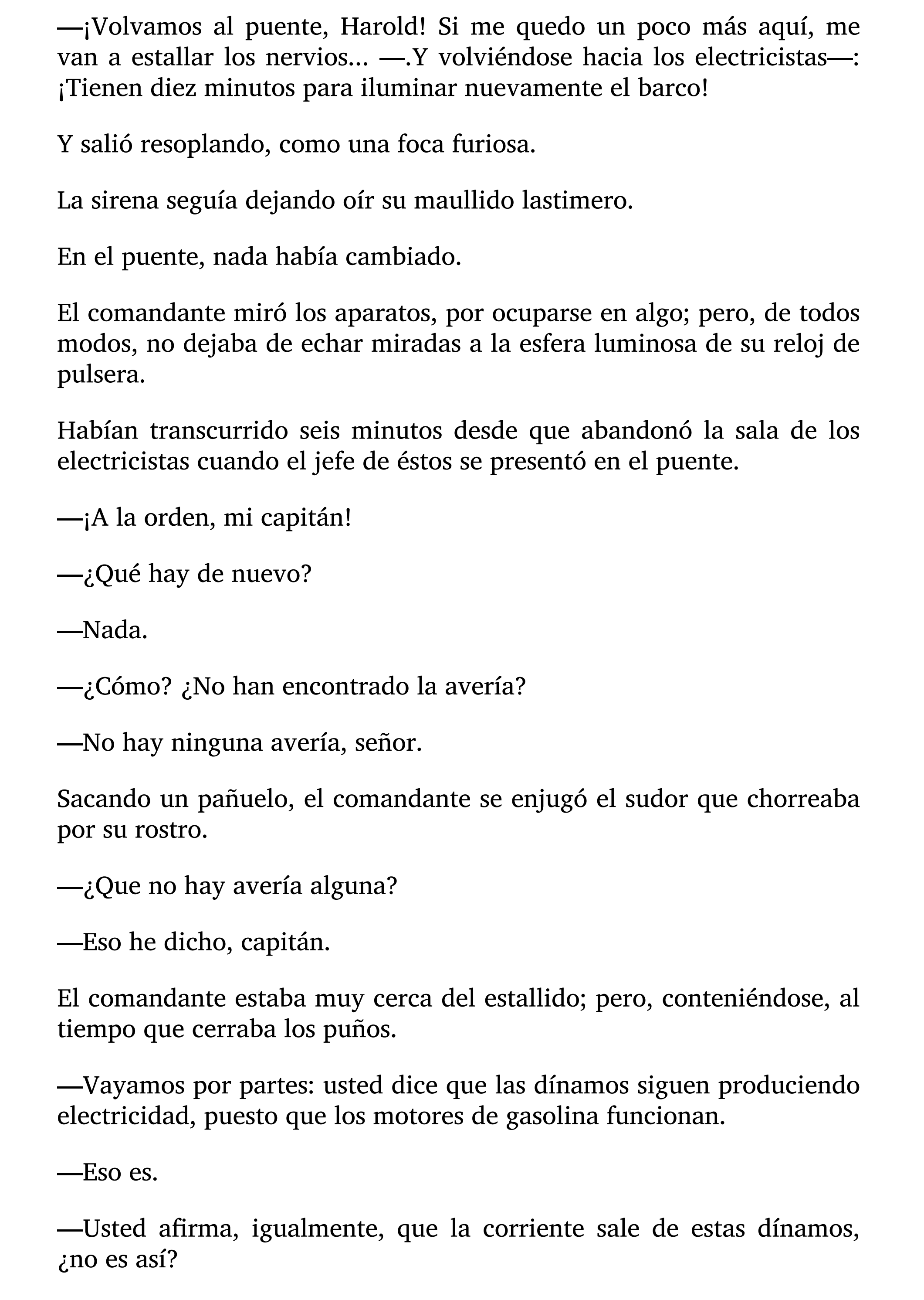
—¡Entonces debe tratarse de una avería en las líneas! ¿Qué hacen ahí parados?

—Tres de los nuestros están recorriendo el tendido, señor.

El capitán pateó el suelo con impaciencia.

—¿Cuánto tiempo van a tardar en localizar la avería?

—No lo sé, señor; pero lo harán lo más rápidamente posible.



—¡Volvamos al puente, Harold! Si me quedo un poco más aquí, me van a estallar los nervios… —.Y volviéndose hacia los electricistas—: ¡Tienen diez minutos para iluminar nuevamente el barco!

Y salió resoplando, como una foca furiosa.

La sirena seguía dejando oír su maullido lastimero.

En el puente, nada había cambiado.

El comandante miró los aparatos, por ocuparse en algo; pero, de todos modos, no dejaba de echar miradas a la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Habían transcurrido seis minutos desde que abandonó la sala de los electricistas cuando el jefe de éstos se presentó en el puente.

—¡A la orden, mi capitán!

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada.

—¿Cómo? ¿No han encontrado la avería?

—No hay ninguna avería, señor.

Sacando un pañuelo, el comandante se enjugó el sudor que chorreaba por su rostro.

—¿Que no hay avería alguna?

—Eso he dicho, capitán.

El comandante estaba muy cerca del estallido; pero, conteniéndose, al tiempo que cerraba los puños.

—Vayamos por partes: usted dice que las dínamos siguen produciendo electricidad, puesto que los motores de gasolina funcionan.

—Eso es.

—Usted afirma, igualmente, que la corriente sale de estas dínamos, ¿no es así?

—Efectivamente, señor.—También dice usted que las líneas están en perfecto estado. Y supongo que pasará igual con todas las bombillas.

—Así es, capitán.

El rugido que brotó de la garganta del comandante les hizo estremecerse.

—¿Cómo quiere hacerme entender que no hay luz SI NO HA OCURRIDO ABSOLUTAMENTE NADA?

—Hemos visto unos brillos alargados, mi comandante.

—¿Unos brillos? ¡Vamos, por Dios! ¡Ya hemos encontrado algo raro! ¡En marcha! Examinaremos todo y no pararemos hasta encontrar la causa de este absurdo.

Todo un grupo de oficiales se unió □ ellos y precedidos por el jefe electricista, se hundieron en las entrañas del buque, hasta llegar a uno de los pasillos auxiliares, por el que casi exclusivamente pasaban las líneas de corriente.

—Véalo usted mismo, mi capitán.

Así era, en efecto.

Unas líneas intensamente luminosas, de no más de cinco centímetros de longitud, daban al pasillo una claridad casi diurna. Había varios centenares, que parecían suspendidos, colgados, de las líneas.

—¿Qué demonios es eso?

—Lo ignoro, señor.

—¡Pues coja uno y lo examinaremos! ¡Vamos!

El rostro del electricista había palidecido un tanto. De todos modos, se calzó los guantes aislantes y avanzó, no muy decidido, extendiendo la mano para apoderarse de una de aquellas extrañas líneas luminosas.

Pero entonces ocurrió lo imprevisible.

Al acercarse las manos del hombre, la luz dio un salto, que todos vieron, huyendo un poco más allá, donde quedó fijada a la línea, como antes lo estaba.

—¡Demonios! —exclamó el capitán.

Intentó nuevamente el electricista apoderarse de la que tenía más al alcance de su mano, pero volvió a ocurrir el mismo hecho.

—No puedo conseguirlo, señor —dijo, volviendo hacia el capitán un rostro alterado.

—Ya lo veo.

Estaba pensando intensamente.

De repente, se volvió hacia sus oficiales.

—|Que alguien traiga un palo!

Momentos más tarde, uno de ellos volvió con un bastón.

—Déselo al electricista.

El hombre lo cogió, mirando interrogativamente al capitán.

—No tema nada —dijo éste—. Pase el palo, lo más rápidamente posible, sobre las líneas. Así conseguirá que esas «cosas» se suelten por la fuerza. Sus guantes le protegerán perfectamente.

—Está bien, señor.

Avanzó el hombre, hasta situarse al otro extremo de la línea, disponiéndose a recorrerla, lo más rápidamente posible, con el palo, desprendiendo así aquellas extrañas luces movedizas.

Se lanzó.

Sorprendidas, las luces saltaron, intentando afianzarse más adelante; pero el bastón las obligaba a saltar de nuevo, llenando el aire de relámpagos azulados.

El comandante sonrió al ver que todo salía perfectamente.

Pero, de repente, las luces PARECIERON COMPRENDER de dónde les llegaba aquel inesperado asalto y, antes de que el jefe electricista pudiese hacer algo positivo por evitarlo, lo rodearon y, colgándose de su rostro, de sus miembros y de sus ropas, DESCARGARON BRUTALMENTE LA ELECTRICIDAD DE QUE ERAN PORTADORAS.

Un alarido horrible hizo que todos se estremeciesen.

El cuerpo del desdichado electricista despidió una acre humareda, quedando inmediatamente reducido a un trozo de carbón del tamaño de un niño de seis años.

—¡Lo han carbonizado!

—¡Atrás!

—¡Sálvese el que pueda!

Retrocedieron, desordenadamente. Hasta el capitán, que nunca perdía su sangre fría, buscó la salida tan afanosamente como los demás.

Cuando hubieron cerrado la puerta de aquel fatídico pasillo, respiraron profundamente.

Se miraban los unos a los otros, a la luz indecisa de las linternas, como si intentasen explicarse lo que acababa de ocurrir al otro lado de la puerta.

—¡Ha sido horrible! —dijo Harold.

El comandante se secó el sudor.

—¡Son algo vivo!

—E inteligentes. Se dieron cuenta de que ese desdichado les atacaba y descargaron su carga eléctrica de alta tensión sobre él.

—Son como acumuladores vivos —dijo otro.

—¿Acumuladores vivos? ¿Cristales que comen?

No hizo caso de la expresión de asombro que aparecía en el rostro de los demás; después, permitiéndose el lujo de sonreír, se disculpó:

—No me tomen por loco... ¡Vamos al comedor de primera!

La luz de los candelabros ponía una nota ochocentista en el lujoso salón. La muchacha estaba allí, sentada ante una mesa, y hacia ella se dirigió el comandante del «Vestal».

—¡Tiene usted que ayudarme, señorita Tremp!

—¿Yo? ¿Qué ocurre, capitán?

El le explicó detalladamente cuanto había visto, procurando hacerlo de una manera meramente objetiva.

—¿Qué le parece? —inquirió, al terminar su relato.

—¡Fantástico!

—Yo no se si tengo el derecho de pedírselo, señorita; pero usted es la única persona a bordo que podría aclararnos este problema…

—… que creo tiene otro antecedente.

—¿Eh?

—¿Recuerda lo que pasó en Nueva York?

—¿El apagón aquel?

—Sí. Creo sin ningún género de dudas, que se trata de un fenómeno semejante.

—¿Es posible?

—Casi seguro. En fin, iremos a ver a esos extraños seres.

—¡No permitiré que entre en aquel maldito pasillo!

—¿Cómo lo haremos, entonces?

—No lo sé; pero no dejaré que abra usted la puerta… ¿Qué es lo que necesita?

—Uno de esos bichos… si realmente son animales.

El capitán se frotó el mentón.

—Francamente, no sé cómo procurárselo.

Ella también pensaba.

—No hay más que una manera de procurarse uno de esos seres —dijo finalmente.

—¿Cuál?

—Matar a uno de ellos… si es que son vivos.

—¿Cómo hacerlo?

—De un tiro. Dispare contra un grupo y que recojan el «cadáver». ¿Hay un microscopio en el barco?

—Sí. El doctor Lawson tiene uno en su laboratorio… ¡Doctor Lawson!

Una figura delgada y alta se acercó a ellos.

El comandante le puso en antecedentes de todo, presentándole, al mismo tiempo, a Rose.

—Encantado de saludarla, señorita. Ya he leído algunos de sus trabajos.

—¿Sí?

—Sí. Muy interesantes.

El capitán se levantó entonces.

—Voy a procurarle uno de esos bichos, señorita Tremp. Pueden esperarme en la clínica de a bordo.

Cuando el comandante hubo desaparecido, Lawson se inclinó hacia la joven.

—¿Cree usted que se trata de seres vivos?

—No lo sé; pero esa muestra de inteligencia que han dado, al atacar al pobre electricista, parece demostrarlo. De todas formas si no se trata de un «tropismo[1]», ha debido ser un acto inteligente.

—Eso lo explicaría todo. Un simple tropismo nos quitaría muchos dolores de cabeza futuros, ¿no es verdad?

Ella asintió. Después, poniéndose de pie, propuso:

—¿Vamos a su laboratorio, doctor Lawson?

CAPÍTULO V

El helicóptero se acercaba rápidamente a la ciudad.

Con los puños cerrados y los dientes apretados, Jack O'Brien intentaba dominar la impaciencia que le dominaba.

—¿No puede ir más aprisa este cacharro? —inquirió sin poder resistir

más.

Patrick, que manejaba el aparato, al que había dado todo el gas, sonrió.

—No se preocupe tanto, Jack; el «Vestal» no es una lancha.

—¡Pero otros tan grandes como él se han hundido!

—¿Por qué martirizarse antes de saber la verdad?

O'Brien no despegó los labios.

Fue entonces cuando, para distraerse, puso la radio de a bordo, dándose cuenta entonces de que podía captar alguna noticia.

La música que llegó a sus oídos le irritó y cuando iba a mover el dial, la voz del locutor sucedió a la música:

«Seguimos sin noticias de Europa. Desde hace dos horas, todas las comunicaciones han cesado, incluidas las de los cables submarinos...»

Los dos hombres se miraron fijamente.

«Aviones de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos — prosiguió el locutor— han salido para Europa, dispuestos a informar a nuestras autoridades de tan inexplicable anomalía...»

La música volvió a dejarse oír.

—¿Qué le parece, Patrick?

—Que vamos a terminar locos. En el fondo, esa falta de comunicación me «huele» a algo semejante de lo que pasó en Nueva York.

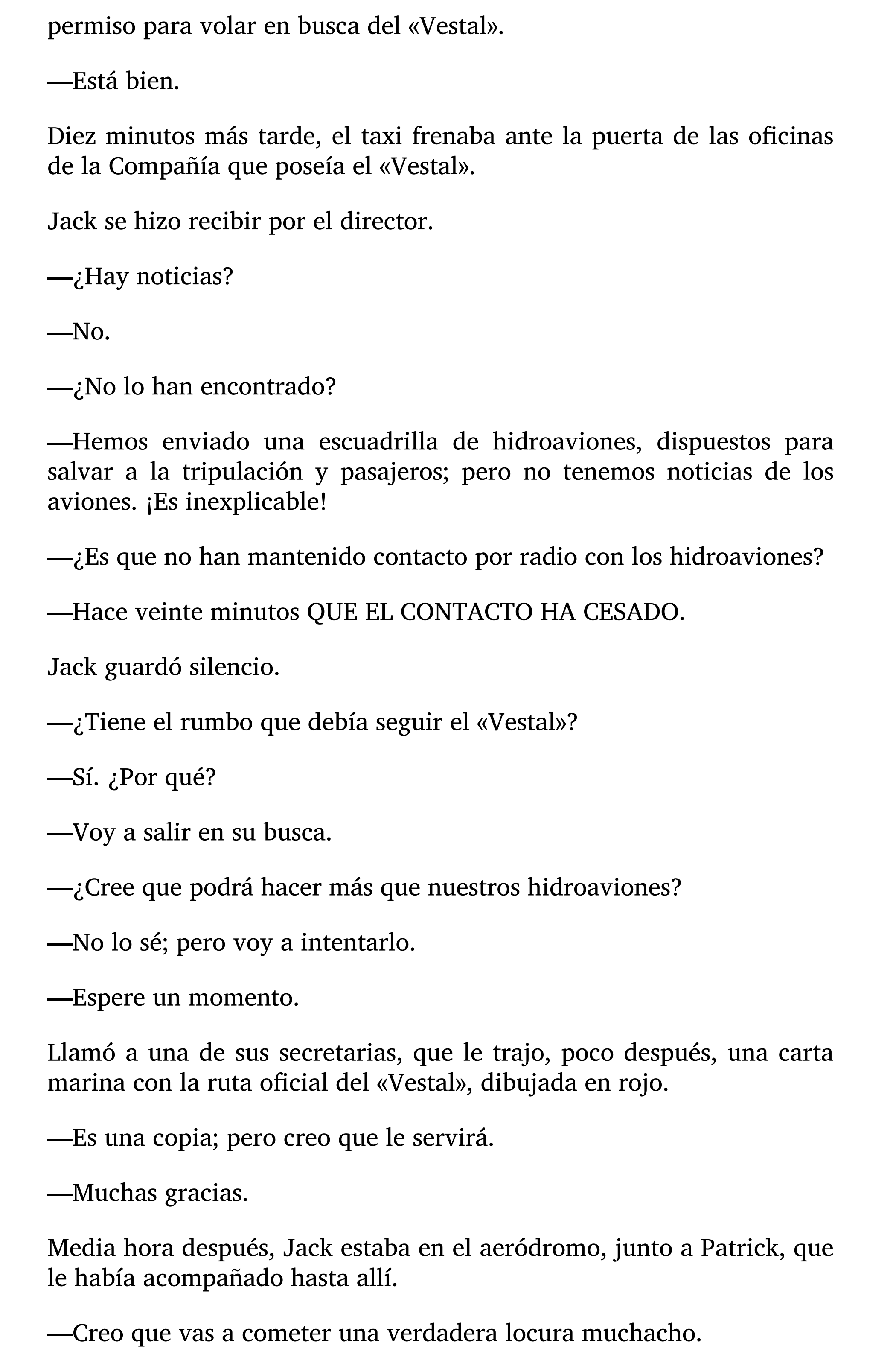
—Pero ¿qué es lo que está pasando, santo Dios?

—No lo sé, muchacho.

La ciudad era visible y momentos después, el aparato se posaba dulcemente sobre la terraza de las oficinas Eléctricas Unidas, de la que Mendelssohn era director.

—¿Volverá usted en seguida?

—Sí —dijo Jack—. Voy a ver a los de la Compañía de Navegación y estaré aquí dentro de poco, aunque no sea más que para pedirle



permiso para volar en busca del «Vestal».

—Está bien.

Diez minutos más tarde, el taxi frenaba ante la puerta de las oficinas de la Compañía que poseía el «Vestal».

Jack se hizo recibir por el director.

—¿Hay noticias?

—No.

—¿No lo han encontrado?

—Hemos enviado una escuadrilla de hidroaviones, dispuestos para salvar a la tripulación y pasajeros; pero no tenemos noticias de los aviones. ¡Es inexplicable!

—¿Es que no han mantenido contacto por radio con los hidroaviones?

—Hace veinte minutos QUE EL CONTACTO HA CESADO.

Jack guardó silencio.

—¿Tiene el rumbo que debía seguir el «Vestal»?

—Sí. ¿Por qué?

—Voy a salir en su busca.

—¿Cree que podrá hacer más que nuestros hidroaviones?

—No lo sé; pero voy a intentarlo.

—Espere un momento.

Llamó a una de sus secretarias, que le trajo, poco después, una carta marina con la ruta oficial del «Vestal», dibujada en rojo.

—Es una copia; pero creo que le servirá.

—Muchas gracias.

Media hora después, Jack estaba en el aeródromo, junto a Patrick, que le había acompañado hasta allí.

—Creo que vas a cometer una verdadera locura muchacho.

—Es igual. Si algo le ha ocurrido a Rose, lo sabré dentro de poco. Y si el peligro que le ha hecho desaparecer, me esfuma a mí también, tendré, por lo menos, la oportunidad de estar junto a ella.

—¿Aunque sea en el fondo del mar?

—¡Sea donde sea!

Estrechó la mano de su jefe y poco después sobrevolaba la ciudad dirigiéndose hacia el Este.

* * *

Harold se adelantó hacia el comandante.

—Deje que cace yo uno de esos bichos, señor.

El comandante le miró, con admiración.

—Está bien, amigo mío.

Y le tendió la pistola.

—¿Cómo va a arreglárselas para coger los restos?

—Llevo un saquito de goma, perfectamente aislante.

Se habían reunido ante la puerta, y Harold, decidido, la abrió, cerrándola inmediatamente tras sí.

El aspecto del pasillo era idéntico al que habían visto al entrar la primera vez.

Los restos carbonizados del electricista estaban aún allí y fue aquello lo que mayor impresión causó al valiente oficial.

¿Terminaría él así?

Sacando-fuerzas de flaqueza, observó las líneas luminosas, que seguían adheridas a los cables. Eran, lo notó en seguida, más numerosas que nunca.

Había un racimo muy cerca de él.

Lo miró, preguntándose si sería práctico disparar contra aquel denso grupo, ya que lógicamente tendría muchas menos probabilidades de fallar el disparo.

«Tengo que acertar y recoger los restos antes de que se den cuenta de mi presencia y me ocurra lo que al pobre Laurent…»

Se dispuso a disparar, echándose un poco para atrás, apoyándose en la pared del pasillo.

¡Pam! ¡Pam!

Hizo fuego dos veces y las luces azuladas se dispersaron como una bandada de pájaros asustados.

Pero Harold no les hizo caso, clavando su mirada en el suelo.

Allí había algo, tan pequeño, casi insignificante como dos trocitos de materia azulada.

Sirviéndose del guante que tenía puesto en la mano izquierda, recogió velozmente aquellos restos, metiéndolos en la pequeña bolsita que llevaba colgada al cinturón.

En aquel momento, la bandada azul se lanzaba hacia él y tuvo que abrir y cerrar la puerta a una velocidad de verdadera locura, sintiendo que el corazón le latía a una velocidad de espanto. Respiró profundamente al otro lado.

—¡SI me descuido! —exclamó.

—¿Ha conseguido algo, Harold? — inquirió el comandante, con una ansiedad sincera.

—Aquí tengo algo —dijo el segundo, con una sonrisa en el rostro, mostrando la bolsita — . Es muy poco, pero creo que…

—¡Vamos a la clínica!

El doctor y Rose les esperaban allí.

La muchacha, que se había puesto una bata blanca, cogió, de las manos de Harold la bolsita de goma, vertiendo su contenido sobre un platito de cristal.

Después se volvió al doctor.

—Tendrá que concentrar el foco de un par de linternas sobre el espejo del microscopio. O esperar a que sea de día.

—¡No podemos esperar! —gruñó el comandante.

Hicieron lo que la joven les pedía.

Esta, entre tanto, preparó un cubre objetos, extendiendo cuidadosamente parte de la materia recogida del suelo del pasillo por el segundo de a bordo.

Todos la observaban en silencio.

Colocó después el porta sobre la platina y enfocó el aparato, observando después por el tubo.

—Parece materia viva —dijo, tras un rato de detenida observación.

—¿Es posible?

Lawson también observó un rato.

—Tendremos que hacer unas pequeñas pruebas con algunos reactivos —dijo Rose.

Y tomando el resto de materia, empezó a mezclar líquidos, en los tubos de ensayo, trabajando en silencio, pero apresuradamente, cogida de la misma emoción que embargaba a los otros.

Cuando, después de media hora de trabajo, se volvió hacia ellos, sus labios arboraban una sonrisa triunfante:

—¡Es grasa! ¡Grasa animal!

—Entonces... ¿son animales?

—Completamente seguro, capitán.

—¡Santo Dios!

—Tenemos muy pocos datos aún —siguió diciendo ella—; pero, de todos modos, ya conocemos su naturaleza.

—Si son animales, podemos matarlos —dijo Harold—, como he hecho yo.

—Demasiado costoso —dijo el capitán—. No tendríamos suficientes

municiones. Y, además, tú mismo has visto el peligro que has corrido.

Rose no les escuchaba y parecía pensar en voz alta.

—¿Falta mucho para amanecer? —inquirió.

Harold consultó su reloj.

—Una hora. ¿Por qué?

—Esperemos entonces —dijo ella—. Creo que he encontrado la solución. ¿Por qué no volvemos al comedor?

El comandante había enviado ya a algunos oficiales para que tranquilizasen a los pasajeros, rogándoles que utilizando velas, fueran a acostarse. Así, el comedor, cuando ellos llegaron, estaba completamente vacío.

Tomaron asiento en la mesa de la oficialidad.

—¿No puede usted decirnos nada de su plan, señorita Tremp? —inquirió el capitán, con una sonrisa nerviosa.

—Nada aún. De todos modos, puedo decirles algo.

—¡Adelante!

Ella sonrió.

—Puedo decirles que se trata de seres que se alimentan exclusivamente de electricidad, y que de una manera completamente segura PROCEDEN DE ALGUN SITIO FUERA DE LA TIERRA.

—¿Qué dice usted?

—¡Eso no es posible!

—¿Se trata, entonces, de una invasión espacial?

—¿Marcianos?

—Un momento, amigos míos, y no dejen cabalgar de esa manera su imaginación. Corren peligro de que se desboque. No se trata de ninguna invasión, ni creo que estos seres sepan dónde se encuentran. Lo ocurrido es, indudablemente, algo accidental; pero que va a darnos muchos quebraderos de cabeza.

—¿No decía antes que había descubierto una manera de destruirlos?

—¡Alto ahí! Yo no he dicho tal cosa, comandante. Yo he afirmado, sencillamente, que creo haber encontrado la forma de quitárnoslos de encima…

—Ya es bastante. Así podremos continuar el viaje.

—Eso no lo sé —repuso la muchacha, frunciendo el entrecejo—. Pero, de todos modos, comunicaremos nuestra posición, aprovechando la pausa que nos dejarán.

Hubo una pausa.

—Me ha intrigado usted, señorita —dijo Harold—, al decir que se trata de seres extraterrenales. ¿De dónde procederán?

—Ya quisiera saberlo yo misma. Lo que más nos interesa, amigo mío, es hallar la manera de librarnos definitivamente de ellos. Si ellos, y de eso ya no dudo, consumieron toda la electricidad enviada a Nueva York, son muy capaces, todo eso depende de su número, de paralizar la vida sobre nuestro planeta… que no creo que sea el primero que hayan atacado.

—¡Luego se trata de una verdadera invasión!

—Depende del sentido que dé usted a esa palabra. Si la compara con una invasión de termitas o la llegada de una plaga de langosta, de acuerdo; pero si intenta hablar de algo como lo que se escribe sobre marcianos u otros, no estoy de acuerdo con usted.

»La llegada de estos seres a la Tierra ha de considerarse como algo accidental. Y me remito a las pruebas, ya que no parece que lleven, ni mucho menos, un plan preconcebido.

»Debe ser una fatalidad cósmica la que nos ha deparado esta situación. Y tendremos que estudiar detalladamente a esos seres antes de que podamos librarnos de su molesta presencia.

»Por el momento, sabemos que se trata de seres vivos, en cierto modo. Y, además, también conocemos lo peligrosos que pueden ser para el hombre, si se concentran sobre él, descargando la corriente que todavía no han digerido…

—¡Está amaneciendo!

En efecto, una claridad difusa empezaba a penetrar por los ojos de buey. Todos volvieron los ojos hacia la muchacha, que significaba una esperanza para ellos.

—¿Qué hay que hacer, señorita? —inquirió el capitán, con un tanto de emoción en la voz.

—Parar las máquinas.

—¿Eh?

—Sí. Estamos plenamente convencidos de que les hemos estado suministrando la electricidad que necesitan como alimento. Si hacemos parar las máquinas, se irán.

—i Pero, si apagamos las calderas, tendremos que esperar mucho tiempo para reanudar la marcha! Además, no puedo permitirme dejar el navío a la deriva...

—Desconecte todas las máquinas que suministren fuerza eléctrica.

—Eso es otra cosa. —Y volviéndose hacia los oficiales—: ¿Sabéis que la señorita Tremp tiene toda la razón? ¡Hemos estado dando comida a esos bichos y vamos a suprimirles la alimentación inmediatamente! ¡Harold!

—Señor...

—Cuídese de todo eso. Ahora, gracias a la luz del día, podremos movernos mejor por el barco.

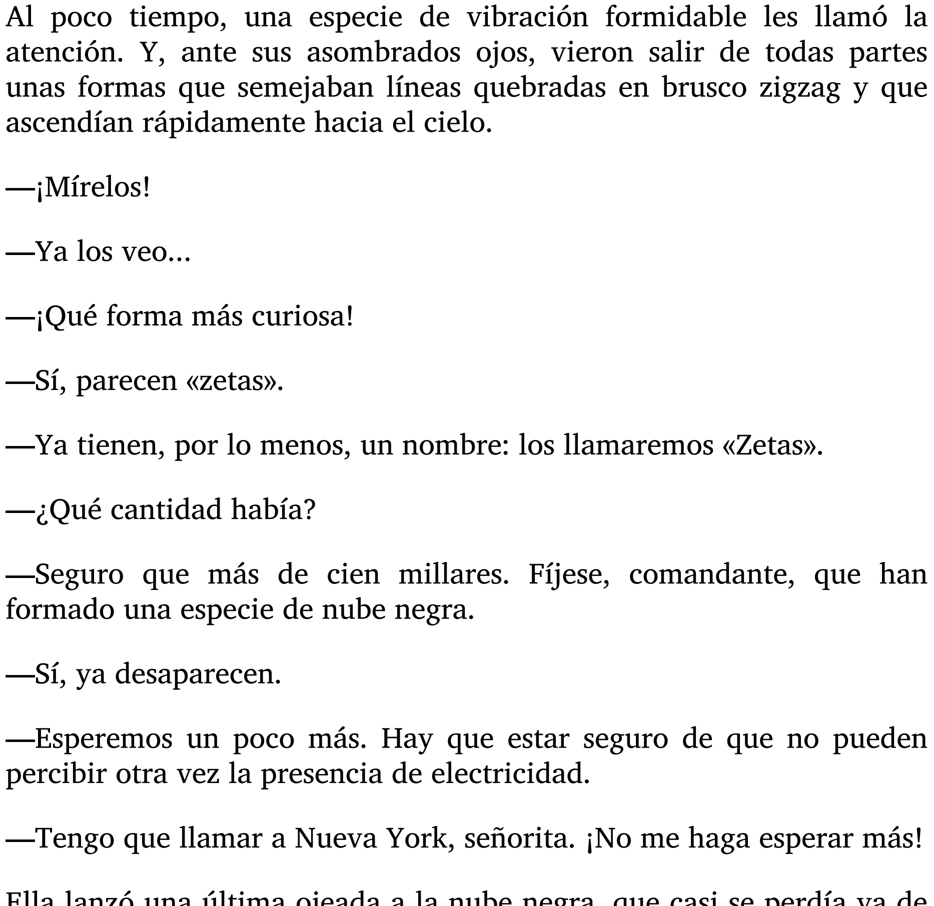
Salió el segundo y la señorita Tremp dijo:

—Hay que ir al telegrafista y ordenarle que, en el momento que ellos se hayan ido, comunique nuestra posición. Tenemos que aprovechar los minutos que nos dejen libres, ya que es más que posible que cuando volvamos a tener corriente, tornen a alimentarse, como usted ha dicho.

—Entonces... ¿va a ser el cuento de nunca acabar?

—Ya veremos. Todo depende de la suerte que tengamos.

Fueron a la cabina del radiotelegrafista y establecieron un cordón de hombres que, desde la parte baja comunicaría el momento de restaurar la corriente.


Se desconectaron todas las máquinas que proporcionaban energía.

Al poco tiempo, una especie de vibración formidable les llamó la atención. Y, ante sus asombrados ojos, vieron salir de todas partes unas formas que semejaban líneas quebradas en brusco zigzag y que ascendían rápidamente hacia el cielo.

—¡Mírelos!

—Ya los veo...

—¡Qué forma más curiosa!

—Sí, parecen «zetas».

—Ya tienen, por lo menos, un nombre: los llamaremos «Zetas».

—¿Qué cantidad había?

—Seguro que más de cien millares. Fíjese, comandante, que han formado una especie de nube negra.

—Sí, ya desaparecen.

—Esperemos un poco más. Hay que estar seguro de que no pueden percibir otra vez la presencia de electricidad.

—Tengo que llamar a Nueva York, señorita. ¡No me haga esperar más!

Ella lanzó una última ojeada a la nube negra, que casi se perdía ya de vista.

—Creo que puede hacerlo.

—Gracias... ¡Motores en acción!

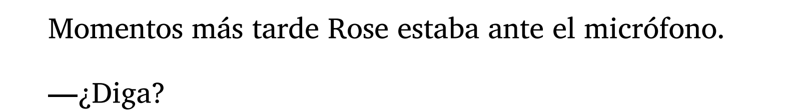
Poco después el «Vestal» se ponía en comunicación con Nueva York, recibiendo también una urgente llamada de la Central de la Compañía de Londres.

—¡Llaman a la señorita Rose Tremp! —dijo el telegrafista.

—¿De dónde? —inquirió el capitán.

—De Londres, señor.

—Diga que esperen unos instantes. Voy a buscarla.


Momentos más tarde Rose estaba ante el micrófono.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Rose?

La voz amiga de Laughton la hizo sonreír.

—Soy yo, Fred.

Era el encargado de la publicidad de sus conferencias, un muchacho que, de una manera poco oculta, la estaba pretendiendo siempre, sin perder la esperanza, a pesar de que conocía la existencia de Jack.

—¿Qué os ha ocurrido, pequeña? Llevo casi un día intentando comunicarme contigo.

—Ya te lo explicaré.

—¿Estáis muy lejos de Inglaterra?

—No lo sé; voy a preguntárselo al capitán.

Pero éste, que había oído perfectamente la pregunta de Fred, dijo: —Tardaremos día y medio en llegar. Rose transmitió las palabras del comandante a Fred.

—¡No podemos esperar tanto! Voy a salir en hidroavión en tu busca.

—Como quieras.

CAPÍTULO VI

Durante lo poco de noche que le quedaba, Jack voló siguiendo el rumbo que le había proporcionado la Compañía a la que pertenecía el «Vestal».

Estaba muy lejos de suponer lo que podía haber ocurrido al buque, y se imaginaba, muy a pesar suyo, mil cosas distintas, a cual peor.

Pero cuando más tarde, ya amaneciendo, empezó a descubrir los

restos de los hidroaviones que la Compañía había enviado en busca del barco, una sospecha penetró en las tinieblas de su ignorancia, pareciéndole que iba a encontrarse con algo conocido.

A partir de aquel momento pensó en el problema de la luz de Nueva York, preguntándose si no se trataría de un fenómeno natural que abarcase toda la Tierra, o casi toda, dependiente de determinada zona que estuviese atravesando en aquellos momentos el planeta.

Las noticias que antes de salir de la ciudad había oído sobre lo ocurrido en Europa, venían a aumentar las probabilidades de que no se equivocaba.

Fue entonces cuando vio la extraña bandada que volaba sobre él.

Al principio, y distraído como estaba, creyó que se trataba

de una bandada de mosquitos, que estaban a pocos pasos de su parabrisas; pero después, al prestar una mayor atención, se percató de que aquello no eran insectos, y que la distancia que le separaban de ellos, aunque disminuía a ojos vistas, era mucho mayor de lo que había supuesto.

La idea de un peligro le hizo un nudo en la garganta.

Evidentemente, aquella bandada se lanzaba sobre él y no tendría tiempo de nada, ya que la velocidad del aparato parecía ridícula al lado de la de «aquellos extraños pájaros».

Se fijó, cuando ya estaban cerca, en su forma de «zeta», aunque en aquellos momentos lo que más le preocupaba era su propia vida, que sentía irremediablemente en peligro.

La bandada estaba ya casi encima de él y era evidente que lo habían tomado como objetivo exclusivo.

Y entonces, en el último instante cuando ya sintió el caer de aquellos seres, que chocaron contra su parabrisas como una lluvia de saltamontes, le vino a la mente que lo que buscaban era la electricidad, el misterioso fuego vital que latía en las bujías del aparato.

Apagó el contacto.

La bandada lo rodeó completamente, haciendo que la luz del día desapareciese a su alrededor. De no haber sido por las sólidas paredes

de cristal irrompible que le separaban del exterior, lo hubiesen asfixiado irremediablemente.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Se estaba dando cuenta de que se jugaba el todo por el todo; pero que, al menos, había hecho algo práctico, haciendo desaparecer el motivo de atracción sobre aquellos seres.

En efecto, poco después, percatándose de que lo que buscaban había desaparecido, la bandada «despegó» del aparato, alejándose velocísimamente.

Jack lanzó un profundo suspiro.

¡Se había salvado!

Gracias a la fuerza de inercia de la velocidad que llevaba, el aparato no había descendido más de cien metros, y el océano estaba aún lejos para preocuparse seriamente.

¡Porque no estaba dispuesto a dar el encendido!

Comprendía perfectamente que si lo hacia en seguida, ellos volverían, dándose cuenta de que habían sido engañados, y ya no se separarían de su lado hasta que, por la fuerza, hubiese amerizado.

¡Había triunfado!

Y no era solamente la importancia de haber escapado a aquel poder extraño, AL QUE HABIA VISTO POR VEZ PRIMERA, sino lo que importaba ERA HABER DESCUBIERTO EL ORIGEN DEL MISTERIO QUE LES HABIA DADO TANTOS DOLORES DE CABEZA, a Patrick y a él.

Estaba loco de contento.

Pero, también con ojo avizor, esperó pacientemente a que la bandada hubiese desaparecido completamente de su vista, para encender nuevamente el motor, ganando rápidamente altura.

Momentos más tarde descubría al barco.

Moviendo las alas a guisa de señales, pasó sobre el «Vestal», amerizando, su avión era mixto y poseía, además de un tren de aterrizaje, una pareja de flotadores, delante del buque.

El «Vestal» se detuvo, enviando una lancha en la que el joven montó.

Un poco más tarde estaba ya ante el comandante.

—¿Están todos bien?

—Perfectamente. Usted no pertenece a la Compañía, ¿verdad?

—No. Soy el prometido de la señorita Rose Tremp.

El capitán le estrechó efusivamente la mano.

—Venga por aquí, amigo mío. ¡Ya puede estar orgulloso de haberse ganado el aprecio de una mujer tan extraordinaria como la señorita Tremp.

Y mientras descendían de cubierta, penetrando en el puente, le relató, a grandes rasgos, lo que había ocurrido.

—No puede usted imaginarse el aspecto de esos bichos —concluyó diciendo.

Jack sonrió.

—Acabo de tener una entrevista con ellos.

Y le contó, a su vez, lo que acababa de acontecerle.

—¡Es extraordinario! Ideó usted un procedimiento análogo al que descubrió su prometida.

—Por desgracia, los pilotos que mandó la Compañía no pararon en mientes. Les ocurrió lo que a los nuestros.

—Ha sido terrible.

Habían llegado junto a la cabina de la muchacha y el capitán, con una sonrisa cómplice, llamó a la puerta.

—¿Quiénes?

El corazón de O'Brien latió con mayor intensidad.

—Soy el capitán, señorita. ¡He conseguido capturar un «Zeta» de tamaño natural!

Y guiñó el ojo al joven.

—¡Voy en seguida!

Rose abrió la puerta, con los ojos brillantes por la curiosidad; pero, al ver a su prometido, lanzó un grito de alegría y se abrazó fuertemente a él.

—¿Qué le parece el «Zeta» que he cazado para usted?

Ella se volvió hacia el capitán, radiante de felicidad.

—Seguro que ya se lo habrá usted explicado todo, ¿verdad?

—En parte.

—Pasa, querido. Tenemos que hablar.

Se despidieron del capitán y entraron en la cabina de la muchacha.

Allí Rose le explicó, triunfante, los descubrimientos que había hecho, y él, a su vez, también le contó la hábil estratagema de que se había servido para evitar el ataque de los «Zetas».

—¡Tuviste una sangre fría admirable, amor mío!

Y después de una pausa, que él aprovechó para besarla de nuevo.

—Fred Laughton, al que ya conoces, vendrá a buscarnos dentro de poco.

—Estupendo. ¿Os habéis entonces puesto en comunicación con Londres?

—Sí.

—Es extraño.

—¿Porqué?

—Porque poco antes de salir de Nueva York, la radio dio la noticia de que no se sabía nada de Europa, incluso habían dejado de funcionar los cables intercontinentales submarinos.

—¡Eso es obra de los «Zetas»!

—Sin duda alguna.

—Está visto que se han extendido por todo el mundo.

—Sí, así parece; pero van de un lado para otro. Eso, por lo menos, es una cosa buena.

—Que puede durar muy poco.

Jack acarició los cabellos de la joven.

—Me gustaría ser tan optimista como tú, pequeña.

—Yo no soy tan excesivamente optimista como tú supones, querido. Pero tengo esperanzas en que la inteligencia saldrá de esta dificultad.

—¿A costa de qué?

—No te entiendo.

—Si son seres vivos, pequeña, e inteligentes, no será solamente nuestra inteligencia, sino la de ellos la que entrará en liza. Será una lucha despiadada. Porque, en cuanto ellos se percaten de quiénes son sus enemigos, nos atacarán, como han hecho con el electricista y ese Harold.

—Los estudiaremos antes. Jack querido... Tengo un plan que voy a poner en marcha nada más estemos en Londres.

Iba O'Brien a contestar cuando el teléfono de la cabina campanilleó alegremente.

—¿Quién es? —inquirió la joven.

—Ha llegado un tal Fred Laughton, señorita. Dice que la espera.

—Vamos en seguida.

Y volviéndose a Jack dijo:

—Es Fred. Vamos.

O'Brien había rogado al capitán que su pequeño avión fuese recogido, y así, elevado con una grúa, fue colocado sobre una de las cubiertas. Pero el hidroavión que se había posado no lejos del «Vestal» era un tetramotor tremendo.

Fred estaba en cubierta y salió a su encuentro.

—¿Cómo? ¿Tú también estás aquí?

La pregunta iba dirigida, naturalmente, a Jack, que, al estrechar la mano que el otro le tendía, inquirió:

—¿Es que todavía no te das por vencido, Fred?

El otro movió la cabeza negativamente.

—¡Jamás! Me retiraré probablemente, el día que Rose se llame «señora de O'Brien», cosa que, mientras yo pueda, no ocurrirá.

Rieron los tres jóvenes y hasta el comandante, que estaba presente, no pudo evitar una sonrisa.

Rose se volvió hacia él.

—Adiós, capitán.

Él le estrechó calurosamente la mano.

—Nunca olvidaré su estancia en el «Vestal», señorita.

Les acompañó hasta la escala que caía sobre el flanco del buque. Y permaneció allá, saludando con la mano, hasta que el avión despegó de la superficie de las aguas, desapareciendo poco después detrás de un muro blanco de nubes.

* * *

Sólo al llegar a Londres se enteraron de que la falta de comunicación con Europa afectaba nada más que a la parte continental y que todos los aviones que habían salido de las islas, rumbo al continente, se habían perdido sin remedio.

Mientras Fred y Rose se dirigían a la finca que aquél poseía en los alrededores de la ciudad, ya que la muchacha deseaba iniciar sus trabajos, cuya naturaleza no había querido decir a sus compañeros. Jack fue directamente al War Office[2], siendo recibido casi en seguida por uno de los jefes más importantes del Ejército inglés.

Después de exponerle todo lo que sabía sobre los «Zetas», manifestaciones que asombraron grandemente a su interlocutor, O'Brien dijo:

—Es indudable que el mal que ha caído sobre la Europa continental se debe a la presencia de los «Zetas». La pérdida de los aviones se explica fácilmente por lo que antes le he relatado de la caída de los hidroaviones americanos.

—¡Lástima no haberlo sabido antes!

—Siempre es tiempo, señor. No sabemos lo que pasa en el resto de Europa, pero debemos prepararnos para que no nos ocurra lo mismo aquí o en América se repita lo que aconteció en Nueva York.

—Comunicaré sus valiosas informaciones a mi Gobierno y haré que se transmitan inmediatamente al Presidente de su país. Por otra parte, deseo decirle que no escatimaremos esfuerzos para ayudar a su prometida en sus propósitos loables. Puede contar con todos los equipos necesarios, así como pondremos también a su disposición los especialistas que pueda necesitar para sus trabajos.

El teléfono le interrumpió en aquel momento.

Escuchó atentamente, dando instrucciones rápidas. Después de haber colgado, se volvió hacia Jack.

—Hemos tenido suerte —dijo—. Un hombre, un médico francés, ha conseguido llegar a las costas inglesas en un pequeño balandro. Es portador de noticias sensacionales. Ya he ordenado que lo traigan aquí inmediatamente.

En efecto, poco después, un hombre de unos cuarenta años de edad penetraba en el despacho.

Después de estrechar la mano de los dos hombres, dijo:

—Todavía me parece un sueño haber salido de allá.

—Siéntese, por favor.

Lo hizo y encendió el cigarrillo que O'Brien acababa de darle.

—¿Cómo empezó? —inquirió el personaje del War Office.

—De una manera inesperada. Se apagaron todas las luces, en todas las ciudades, paralizándose la vida en pocos minutos. Los trenes eléctricos se detuvieron y los vehículos de motor de gasolina dejaron de funcionar. Al día siguiente nos dimos cuenta de la tremenda importancia que tenía todo aquello, ya que era completamente

imposible moverse de un lado para otro... Todos los servicios se paralizaron y la situación se convirtió, en pocas horas, en una hecatombe completa.»

»Los alimentos no podían ser trasladados desde los grandes mercados, los heridos no podían ser asistidos y el hambre empezó a aparecer por todas partes.

»Pero aquello no era malo; todavía sucedía algo mucho peor.

»Lo peor acontecía al llegar la noche. Entonces, desatadas las pasiones y la necesidad, surgían los asaltadores de comercios, tiendas y almacenes, pillando cuanto encontraban.

Jack preguntó:

—¿Y todo sigue igual?

El francés sonrió tristemente. Sus palabras eran amargas al contestar:

—Peor. Una anarquía sin nombre reina por doquier y el número de víctimas es ya más elevado que en todas las guerras que hemos sufrido. De no arreglarse, esa situación acabará con la población de Europa en unos pocos meses. Hemos vuelto a la era prehistórica, en que cada cual sólo procura para sí mismo.

Jack había palidecido.

—¡Es peor que cualquier invasión, que cualquier peste!

—Esa es la verdad.

Jack salió de allí, todavía bajo la penosa impresión del dramático y alucinante cuadro que el doctor francés había pintado.

CAPÍTULO VII

Cuando O'Brien llegó al apartamento de Fred Laughton, encontró a Rose y a su joven amigo enfrascados en el estudio de las notas que ella había tomado durante la travesía en el «Vestal».

—¿Has logrado algo? —inquirió la muchacha, después de besarle, ante la sonrisa burlona de Fred.

—He informado a un miembro del War Office de los peligros de enviar pilotos sobre Europa, y me ha prometido comunicar inmediatamente cuanto sabemos al Gobierno de los Estados Unidos.

—¡Bien hecho! —rezongó Fred—. ¡Colaboración anglosajona hasta el final!

Jack no hizo caso del inevitable e incorregible espíritu de broma de Laughton.

—Me han ofrecido todos los medios que necesitemos para hacer avanzar rápidamente los estudios hacia una solución del problema.

—Los utilizaremos —dijo Rose.

—Además —prosiguió diciendo O'Brien—, he tenido la ocasión de enterarme, por un testigo ocular, de lo que ocurre en Europa.

Y relató las terroríficas manifestaciones del doctor Francés.

—¡Es espantoso!

—No quiero ni imaginármelo —dijo Jack—. ¿Te das cuenta, querida, que pueden llegar a destruir la especie humana?

—Sí que me doy cuenta. Por eso tenemos que ponernos a trabajar en seguida, sin concedernos ninguna pausa, hasta que hayamos logrado saber lo necesario sobre los «Zetas», para destruirlos.

—¿Tienes ya algún plan concreto?

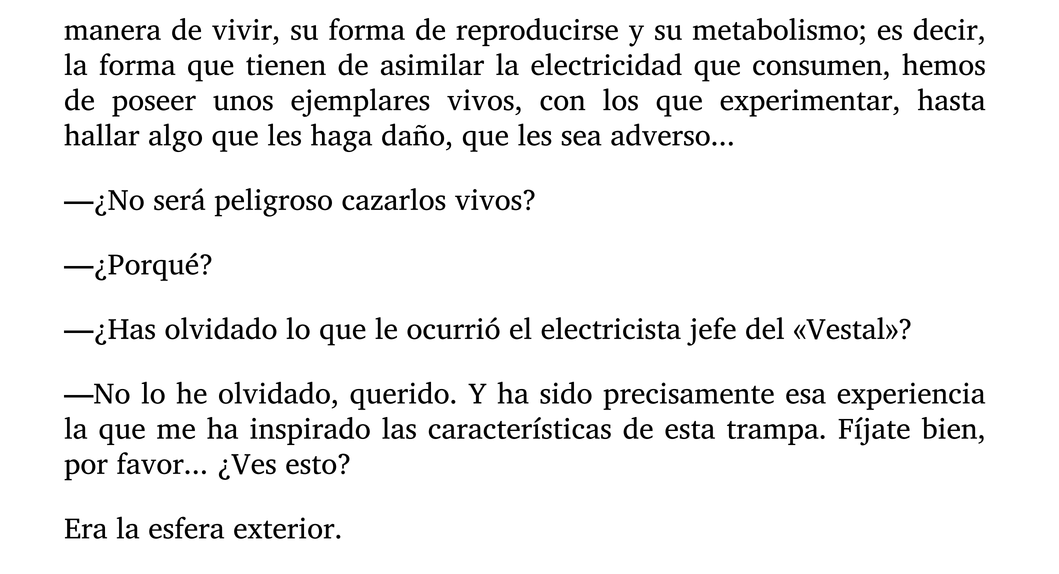
—Lo estábamos esbozando Fred y yo. Acércate —una serie de hojas de papel, donde se representaba una especie de campánula, una cúpula a la que llegaban extrañas líneas. En uno de los dibujos se veía la cúpula levantada y otro casquete esférico en el interior.

—No comprendo nada.

—Voy a explicártelo. Todo esto no es más que una especíalísima trampa ideada para cazar algunos «Zetas» vivos.

—¿Vivos? ¿Para qué?

—Es lo que necesitamos más urgentemente. Si queremos conocer su



manera de vivir, su forma de reproducirse y su metabolismo; es decir, la forma que tienen de asimilar la electricidad que consumen, hemos de poseer unos ejemplares vivos, con los que experimentar, hasta hallar algo que les haga daño, que les sea adverso…

—¿No será peligroso cazarlos vivos?

—¿Porqué?

—¿Has olvidado lo que le ocurrió el electricista jefe del «Vestal»?

—No lo he olvidado, querido. Y ha sido precisamente esa experiencia la que me ha inspirado las características de esta trampa. Fíjate bien, por favor… ¿Ves esto?

Era la esfera exterior.

—Sí.

—Es, sencillamente, la tapa de la trampa. Será construida con un material que resista las más altas descargas eléctricas, una sustancia aislante…

—Eso es fácil. Yo puedo ayudarte.

—Ya lo esperaba, amor mío…

Fred levantó su voz, con un cómico tono de queja.

—¿Habéis dejado ya de piropearos o voy a tener que tomar yo parte en el juego?

Sonrieron los jóvenes.

—¿Ves esto? —inquirió Rose.

Era la semiesfera interior.

—Se trata del final de una línea de gran potencia, capaz de llegar a los 50.000 voltios. Esto es el «cebo» de la trampa.

—Comprendo.

—Ahora bien —prosiguió la joven—, ya no me queda más que señalarte estos puntos.

—¿De qué se trata?

—Son tenazas que sujetarán, en el momento preciso, una serie de animales, que desdichadamente tendremos que sacrificar.

—No entiendo.

—Tú hablabas antes del desdichado accidente que causó la muerte del electricista del «Vestal». Aquí, los animales jugarán el papel de aquel pobre hombre, atrayendo la cólera de los «Zetas» y provocando su propia muerte.

—¿Para qué sacrificar esos pobres animales?

—Para poder cazar a los «Zetas» vivos y en estado inofensivo. Voy a explicarte el funcionamiento de esta trampa: Una fortísima corriente eléctrica llega hasta la esfera interior, la externa está abierta. Los «Zetas», atraídos por la golosina de que se alimentan, penetran en la esfera grande y se adhieren a la pequeña, tomando glotonamente grandes cantidades de electricidad.

—¿Y después?

—La tapa aislante se cierra automáticamente. En realidad, esta tapa está conectada a un voltímetro que, al captar una «caída» de corriente determinada que ha de estar en relación con el número de «Zetas» que haya en el interior, se cierra, apresándolos para siempre. Entonces la corriente cesa y ya no les es posible alimentarse más.

—Voy comprendiendo.

—Más tarde, una serie de orificios, de distinto tamaño, se van abriendo, dando paso a esas tenazas que sujetan a los animales que van a sacrificarse —perros y gatos—. Los «Zetas» creen que han sido estos animales los que les han suprimido el alimento y les atacan, de la misma manera que hicieron con el electricista del «Vestal». ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—Es muy sencillo. Los «Zetas», alterados y furiosos, descargarán la electricidad que han devorado, sin pensar en que, contrariamente a lo que ocurrió en el buque, no podrán volver a captar más, YA QUE LA CAUSA DEL CESE DE CORRIENTE LA HEMOS PRODUCIDO NOSOTROS Y NO LOS ANIMALES, a los que los «Zetas» creerán únicos responsables.

—¡Fantástico!

—Así, descargados, los «Zetas» serán completamente inofensivos y nos será sencillísimo atraparlos y experimentar con ellos, manteniéndolos cuidadosamente fuera de toda fuente de su precioso alimento.

—¡Es sencillamente genial, Rose! ¡Eres magnífica!

Rose sonrió:

—De acuerdo, queridos amigos. Agradezco vuestros elogios, pero debemos ponernos a trabajar inmediatamente. Tú, Fred, buscarás un punto de la costa de Inglaterra para situar nuestra trampa; tú; Jack, te encargarás, con la generosa ayuda que te han ofrecido, de construir la campánula lo antes posible, así que, en el momento que Fred te comunique su emplazamiento, hacer que la coloquen rápidamente y realizar el tendido de la línea que no debe, de ninguna manera, ser externa, sino profundamente hundida en la tierra.

—Para evitar que los «Zetas» fueran directamente a ella sin utilizar la campánula, ¿verdad?

—Eso es. ¡Todo el mundo al trabajo! ¡Se levanta la sesión!

* * *

Una semana bastó para que todo se hiciese de acuerdo con los proyectos de Rose. La campánula fue montada en una zona del Nordeste del país, completamente alejada de todo punto urbano y lo suficientemente desierta para que no pasase por allí ninguna otra línea de conducción eléctrica.

Además, para que los «Zetas» no se viesen atraídos por ninguna fuente de energía, Jack logró que se decretase en todo el país un corte de corriente que iba a durar tres días, solicitándose de la población británica, siempre dispuesta y obediente, una colaboración que el Gobierno estaba seguro de obtener.

Entretanto, Rose no había perdido el tiempo.

Gracias a la ayuda del War Office, cuyo poder era poco menos que omnímodo, se montó un laboratorio de investigaciones biológicas en un punto no lejano a la situación de la «Trampa», como la prensa la llamaba ya corrientemente.

Desde una torreta que habían montado en la terraza superior del laboratorio, Rose, Jack, Fred y alguno de los que formaban el equipo examinaban, con potentes aparatos ópticos, la cúpula plateada que brillaba allá lejos, sobre el fondo azulado del mar.

No era necesaria aquella guardia, ya que los aparatos les señalarían la presencia de los «Zetas» en cuanto éstos se posasen sobre la semiesfera interior, haciendo caer el voltaje; pero nadie podía evitar aquella emoción expectante, ni la nerviosidad que se había apoderado de todos.

Habían orientado la campánula de manera que mirase hacia Europa, de modo que los «Zetas» pudieran percibir, gracias a los sentidos que indudablemente poseían, la presencia de aquella fuente de alimento para ellos.

El primer día transcurrió sin novedad, con una lentitud exasperante.

Jack y Rose, sentados en la terraza, vieron llegar la primera noche.

Habían suprimido toda iluminación que no fuese con velas y sabían que toda Inglaterra estaba como ellos.

—Deben llegar pronto —dijo él.

—Sí.

—No podemos exigir del Gobierno británico un sacrificio demasiado prolongado.

—Lo comprendo. Pero también han de entender que la llegada en masa de los «Zetas» les obligaría a sacrificios mayores.

—Ellos, los hombres y mujeres, no se dan perfecta cuenta del peligro, Rose. Ignoran la realidad y toman todo esto como una broma.

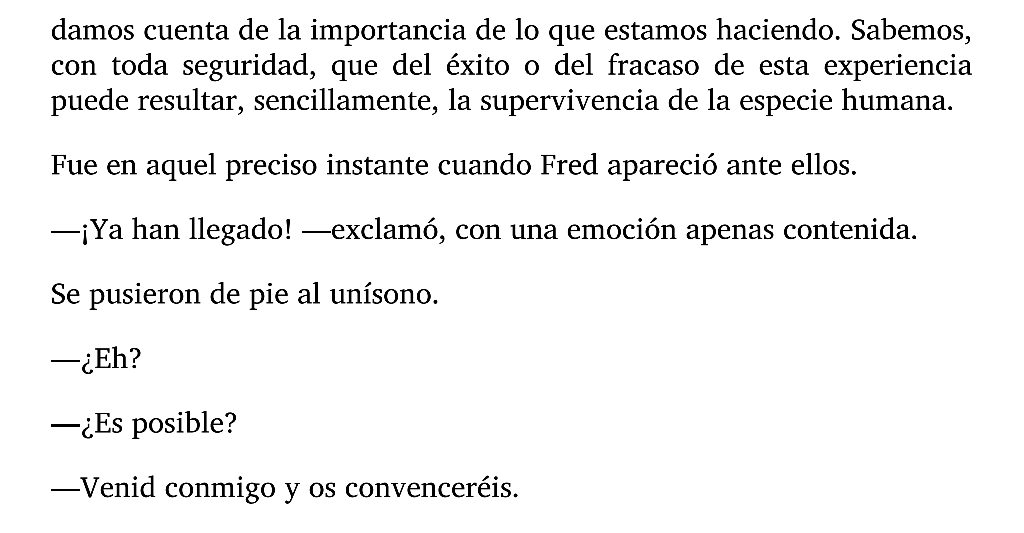
—¿Quién está de guardia? —inquirió la muchacha después de un corto silencio.

—Fred.

—¿Y los otros?

—Les he obligado a descansar. Es estúpido que nos dejemos llevar por el nerviosismo.

—Es más fuerte que nosotros, compréndelo, Jack. Nosotros sí que nos



damos cuenta de la importancia de lo que estamos haciendo. Sabemos, con toda seguridad, que del éxito o del fracaso de esta experiencia puede resultar, sencillamente, la supervivencia de la especie humana.

Fue en aquel preciso instante cuando Fred apareció ante ellos.

—¡Ya han llegado! —exclamó, con una emoción apenas contenida.

Se pusieron de pie al unísono.

—¿Eh?

—¿Es posible?

—Venid conmigo y os convenceréis.

Bajaron en tromba a los sótanos, donde habían instalado los aparatos detectores, lejos de la superficie, de forma a evitar que la corriente fuese percibida, lejos de la campánula, por los «Zetas».

Los voltímetros decían claramente que «ellos» habían llegado.

Rose sonrió, contenta.

—¡Gracias a Dios!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Fred.

—Esperar. Tenemos que permanecer junto a estos aparatos hasta que sepamos que la cantidad de «Zetas» que haya en la trampa es suficiente.

—¿Cómo lo sabrás?

—Ven, Fred.

La joven lo llevó hasta otro aparato, una especie de pantalla finamente cuadriculada, donde se veían unos puntos brillantes, no muchos.

—Este —dijo— es el aparato que debemos a Jack; es un «contador» de los contactos que sufre la esfera interior. Cada punto brillante significa la presencia de un «Zeta»...

Laughton se volvió, sinceramente admirado a Jack.

—¿Sabes que eres un tío grande, Jack?

O'Brien sonrió.

—Es algo muy sencillo.

Rose seguía observando la pantalla.

—¡Fijaos! —exclamó de pronto—. La cantidad de «Zetas» aumenta de una manera extraordinaria.

Así era, en efecto. Los puntos brillantes iban cubriendo paulatinamente la cuadrícula.

—¿Cuándo cerrarás la campánula? —inquirió Fred.

—Muy pronto si sigue así.

Media hora más tarde la pantalla estaba completamente cubierta de puntos brillantes.

Solemnemente Rose avanzó hacia el tablero de mandos, y después de mirar a sus dos amigos bajó la palanca.

—¡Ya está!

Una intensa emoción les embargó.

—¿Qué harás con los que han quedado fuera?

—Ya he pensado en ello —repuso la joven—. Por el momento, atraídos por la electricidad perceptible, rondarán alrededor de la esfera; pero en cuanto suprimamos la corriente, cosa que vamos a hacer ahora mismo, se irán, comprendiendo que no tienen nada que hacer aquí.

—Has pensado en todo.

Ella sonrió y pulsó otra palanca.

En la pantalla los puntos brillantes se extinguieron de súbito*.

—Ya les hemos suprimido la comida.

—¿Y ahora?

—Daremos paso a los animales.

—¡Pobrecillos! —exclamó Fred.

—Yo también lo siento —dijo ella—. Ya me conoces y sabes que respeto la vida animal todo lo que me es posible, dentro del trabajo que realizo; pero no podemos pensar en ellos en estos momentos. Millones de hermanos nuestros están cayendo en el continente y no podemos permitirnos sentimientos demasiado humanitarios hacia esas pobres, pero útiles bestias.

Pulsó el botón que introduciría a los animales junto a los «Zetas».

Luego se volvió hacia sus amigos.

—Este es el momento más emocionante de todos —dijo —. Vamos a ver los voltímetros interiores; ellos nos señalarán la caída de la tensión eléctrica a medida que los «Zetas» se descarguen sobre sus supuestos enemigos.

Fred preguntó:

—¿Carbonizarán a sus víctimas?

Jack asintió:

—Seguro.

Fred estaba intrigado.

—¿Y cómo sabrás que han perdido toda su electricidad?

Rose sonrió:

—Gracias a los aparatos de control que hemos introducido disimuladamente en el interior de la campánula. Vamos a verlos.

—¡Qué interesante!

Los cuadros de voltímetros, amperímetros y otros aparatos indicadores y contadores estaban a un lado aparte de la sala.

Allí, con el cuaderno de notas en la mano, Rose fue anotando las cantidades que Jack le iba dictando.

—Cero en el primero…

—Cero en el segundo…

—Cero en el tercero…

—Cero en el cuarto.

—Cero en el quinto.

—Cero en el sexto…

Así, uno tras otro, los aparatos que controlaban la carga eléctrica en el interior de la Trampa, fueron marcando el cero, que significaba la caída definitiva de la energía al irse descargando los cuerpos de los «Zetas».

—Cero en el último.

Rose asintió con la cabeza.

—Llamad a todo el equipo. Vamos a empezar el trabajo.

CAPÍTULO VIII

Esperaron al amanecer, yendo en un vehículo hacia la cúpula, que todos miraban con ojos ansiosos.

Cuando se detuvieron ante la Trampa permanecieron unos instantes abajo, sin atreverse a pisar la escalinata que conducía hasta ella. La emoción era demasiado fuerte y todos ellos la experimentaban como una opresión en el pecho.

Rose y Jack fueron los primeros en subir.

Los demás, al unísono, los siguieron.

Llevaban grandes tubos de cristal para encerrar en ellos a los «Zetas». Los tubos iban perforados por múltiples orificios casi microscópicos, ya que ignoraban si los seres procedentes del exterior necesitaban aire para vivir.

Cuando se asomaron a la cúpula, completamente transparente, observaron por vez primera con toda crudeza- el aspecto de los seres que estaban haciendo imposible la existencia humana en la Tierra.

¿Aquello?

¿Cómo era posible?

Los «Zetas» estaban replegados en forma de la letra que les había dado el nombre del que gozaban, formando una masa compacta sobre la campánula interior, creyendo seguramente que la electricidad iba a volver a satisfacer sus cuerpos exhaustos.

En la periferia de la esférula los cuerpos retorcidos y negruzcos de los animales sacrificados ponían una nota de verdadero horror y Fred, el más sensible de todos, retrocedió vivamente.

—¡Es un espectáculo repugnante! —dijo.

Pero nadie le hizo caso.

Era demasiado grande la emoción que embargaba los espíritus de aquellos hombres dedicados exclusivamente a la ciencia.

Gracias a unas manos metálicas, como las utilizadas en los laboratorios atómicos y que Jack había instalado en la campánula, pudieron ir cogiendo los «Zetas» por densos racimos, sin entrar en contacto directo con los animales.

Las cajas de cristal se fueron llenando.

Poco después la caravana volvía al laboratorio, y Jack, que se había encargado de los asuntos oficiales, marchaba en coche a Londres para comunicar al War Office los resultados obtenidos y permitir que. la vida normal de la ciudad y del país se reanudase.

Entretanto, Rose trabajaba incesantemente en el laboratorio.

Una veintena de «Zetas» fue inmediatamente sacrificada y sus cuerpos pasaron a los distintos departamentos, donde fueron estudiados con todo detalle.

Al caer la tarde de aquel día se reunió el equipo en la sala de conferencias, que Rose presidía.

—Hoy, señores, en el corto espacio de tiempo que hemos dedicado al trabajo, hemos logrado saber muchas cosas de los seres que hemos estudiado. Helas aquí:

»Primera. Los «Zetas» son seres vivos, de forma alargada, semejantes a ciertas especies de gusanos y con dos extremidades perfectamente diferenciadas; una oral y otra anal.

»Segunda. En la extremidad que podíamos llamar cefálica o anterior poseen un rudimento cerebral, una especie de ganglio donde termina el hilo nervioso que recorre su cuerpo en toda su longitud. Ese ganglio, aun siendo elemental, contiene neuronas; es decir, células nerviosas que demuestran la existencia de una actividad neuronal y posiblemente intelectiva en su grado más inferior. Es casi posible que toda la vida cerebral de los zetas se reduzca a puros reflejos condicionados.

«Tendera. El cuerpo de los «Zetas» no es más que una vaina de tejido adiposo, en cuyo interior se almacena la electricidad que toman por el polo inferior, por medio de una «ventosa», de alguna manera hay que llamar a ese extraño órgano, que no tiene nada semejante con los que conocemos.

»Cuarta. Los «Zetas» no tienen nada que pueda llamarse olfato, ni vista, ni estómago, ni corazón... Después de todo, no son más que una máquina eléctrica... en un cuerpo vivo. Eso es todo.

»Respecto al origen de estos seres, nada sabemos y nada sabremos, posiblemente. Estoy plenamente convencida de que habitan en los espacios interesterales, alimentándose de las débiles corrientes eléctricas que atraviesan los campos magnéticos de los soles y estrellas. Su carácter migratorio les permite, de vez en cuando, tal y como ha ocurrido en la Tierra, hallar un mundo con suficiente electricidad para ofrecerse un banquete y reproducirse.

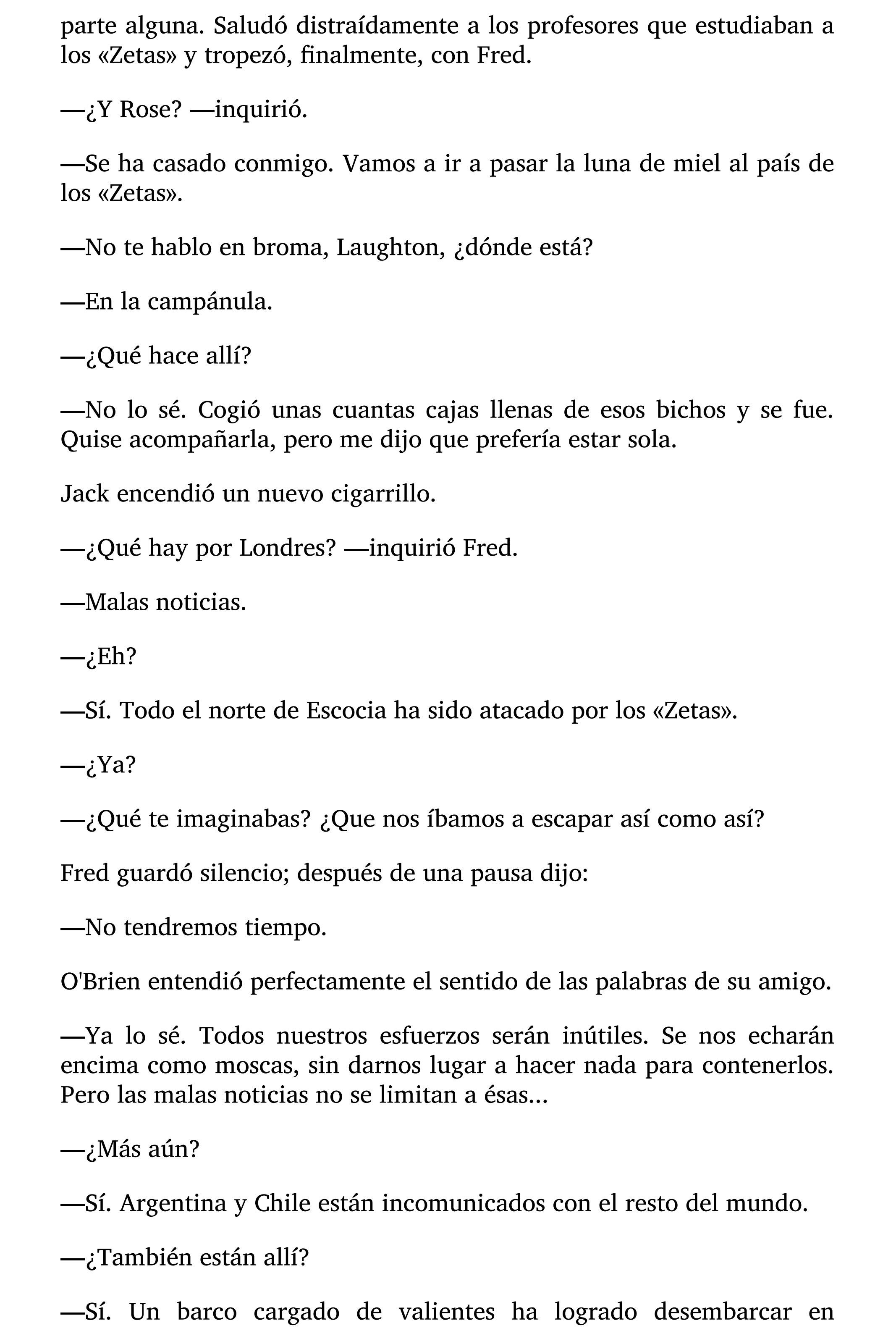
Todos estaban conformes con las conclusiones a que había llegado la muchacha.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —inquirió uno de ellos.

— Muy fácil, amigo mío. Hemos estudiado los cadáveres de los «Zetas». Ahora nos toca estudiar su vida. Ustedes pueden formar grupos y dedicarse a la fisiología de esos curiosos seres; yo, por mi parte, voy a estudiar su manera de reproducirse y otros ciertos factores en los que baso una posibilidad de encontrar la forma de destruirlos.

* * *

Cuando Jack regresó buscó afanosamente a Rose, no hallándola en



parte alguna. Saludó distraídamente a los profesores que estudiaban a los «Zetas» y tropezó, finalmente, con Fred.

—¿Y Rose? —inquirió.

—Se ha casado conmigo. Vamos a ir a pasar la luna de miel al país de los «Zetas».

—No te hablo en broma, Laughton, ¿dónde está?

—En la campánula.

—¿Qué hace allí?

—No lo sé. Cogió unas cuantas cajas llenas de esos bichos y se fue. Quise acompañarla, pero me dijo que prefería estar sola.

Jack encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Qué hay por Londres? —inquirió Fred.

—Malas noticias.

—¿Eh?

—Sí. Todo el norte de Escocia ha sido atacado por los «Zetas».

—¿Ya?

—¿Qué te imaginabas? ¿Que nos íbamos a escapar así como así?

Fred guardó silencio; después de una pausa dijo:

—No tendremos tiempo.

O'Brien entendió perfectamente el sentido de las palabras de su amigo.

—Ya lo sé. Todos nuestros esfuerzos serán inútiles. Se nos echarán encima como moscas, sin darnos lugar a hacer nada para contenerlos. Pero las malas noticias no se limitan a ésas...

—¿Más aún?

—Sí. Argentina y Chile están incomunicados con el resto del mundo.

—¿También están allí?

—Sí. Un barco cargado de valientes ha logrado desembarcar en

Noruega.

—¿Con los «Zetas» allí?

—Ya no estaban; pero era igual. Se encontraron con ruinas, con ciudades desiertas, con cadáveres por todas partes y, peor aún, con unos supervivientes medio locos que devoraban los restos de sus hermanos de raza.

—Así es; pero no les culpes, por favor. Han pasado semanas y semanas ocupados por la peste más horrible que la Humanidad ha conocido. Paralizados todos los medios de transporte, las grandes ciudades quedaron prontamente desprovistas de todo...

—Y apareció el hambre.

—Sí. El hambre y lo demás: la ambición, el espíritu de venganza. La Ley era incapaz al principio, luego desapareció, porque los encargados de ejercerla tenían los estómagos tan vacíos como los demás. Fue una desenfrenada carrera hacia atrás, hacia lo primitivo, lo elemental, lo salvaje...

Hubo una corta pausa.

—Y así acabaremos todos —dijo Fred—. No debías decir nada de esto a Rose. Si la intranquilizas, en estos momentos en los que necesita toda su serenidad, podríamos perder la única oportunidad que tenemos al alcance de la mano.

—Está bien; no le diré nada.

Cogieron un vehículo, trasladándose hacia la cúpula.

Estaban a medio centenar de metros de allá, cuando vieron una figura humana que corría hacia ellos.

Era Rosé.

Jack hundió el pedal del acelerador hasta el fondo. El vehículo dio un respingo, saliendo disparado hacia adelante y frenando poco después junto a la muchacha.

—¿Qué te ocurre? -inquirió O'Brien al ver la expresión de terror de su rostro.

—¡Corred a cortar la corriente, por favor! ¡Una bandada tremenda de «Zetas» se dirige hacia aquí!

—Pero... —balbució Fred— ¿quién dio la corriente?

—Yo —repuso ella con una palidez que se intensificaba por momentos —. ¡Corre, Fred, por el amor de Dios!

—¿Y vosotros?

—Tengo que volver a la campánula.

Laughton no se hizo repetir la orden, y tomando el volante del vehículo lo lanzó a toda velocidad hacia el laboratorio.

—¡Míralos, Jack!

O'Brien miró hacia el lado que ella le señalaba, viendo la siniestra bandada que en aquellos momentos se dejaba caer sobre la cúpula.

—¿Está abierta?

—Por fortuna, no; pero es casi igual. Podrán absorber electricidad radiante. Son perfectamente capaces de hacerlo.

—¿Por qué diste la corriente, querida?

—¡Porque lo necesitaba! No quise que nadie viniese conmigo, por eso mismo.

—¿Necesitabas la corriente? ¿Para qué?

—Los «Zetas», como la mayor parte de las especies animales, no se reproducen más que en condiciones óptimas. Y para ellos esas condiciones no existen más que cuando están rodeados de una gran cantidad de electricidad.

—Pero ¿no te dabas cuenta de que ponías tu vida en peligro?

—Ya lo sabía. Más hay muchas vidas en peligro, Jack, para que podamos reparar egoístamente en la nuestra.

Miró hacia la nube de «Zetas» que se había congregado en los alrededores de la cúpula y dijo:

—Pronto se irán. En cuanto Fred haga desaparecer la corriente se marcharán.

—No lo sé, Rose.

—¿Qué quieres decir?

—Es la segunda vez que les atraemos hacia esta zona. Y es muy probable que empiecen a aprender el camino. Cuando lo encuentren vendrán por millones, y al no hallar aquí lo que buscan se adentrarán en el país, reproduciendo los horrores que han desencadenado en otras partes.

La desaparición del resplandor que brotaba de la campánula les indicó que la corriente había cesado de llegar hasta allí.

—Ahora se irán —dijo ella.

Pero tardaron mucho más de lo que esperaban y hubieron de sentarse en un declive del terreno, encendiendo un cigarrillo que contribuyó positivamente a serenarlos.

El ruido de un motor les hizo volver la cabeza.

—Es Fred que vuelve —dijo Jack.

Al mismo tiempo la bandada de «Zetas» se alejó definitivamente, seguramente hambrientos y desengañados. Su punteado intenso y numeroso pareció estamparse en el azul del cielo.

Laughton detuvo el vehículo junto a los dos jóvenes.

—¿Sin novedad? —inquirió.

—Sin novedad.

—Ya no podrás repetir tu hazaña, Rose —dijo, dirigiéndose a la muchacha—. He establecido un turno de guardia ante los aparatos de control de corriente, con orden de que, sin mi permiso, no dejen entrar a nadie allá.

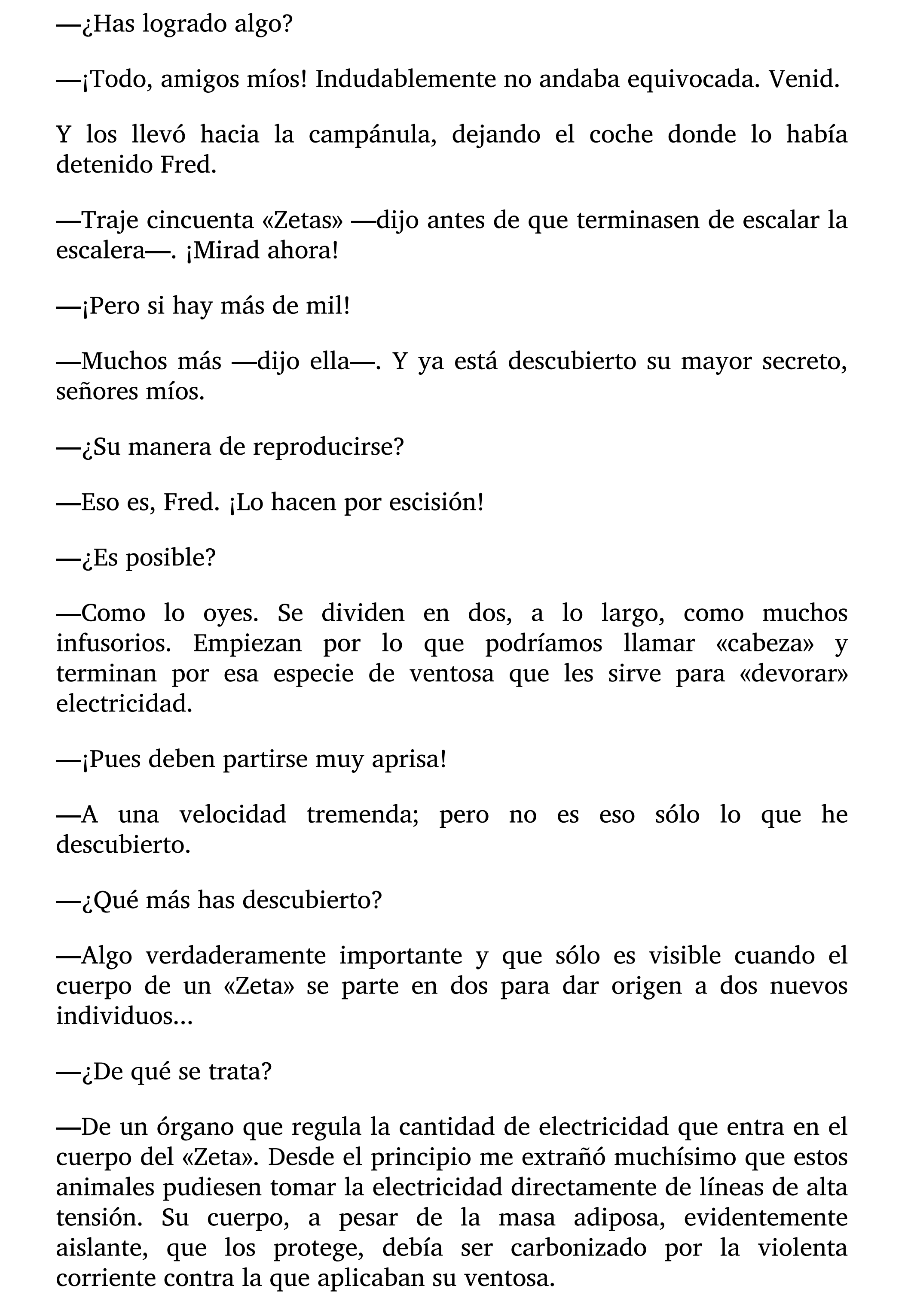
—Gracias, Laughton —dijo Jack sinceramente.

Ella sonrió, burlona.

—¡Mira cómo se entienden y se compenetran los varones cuando se trata de llevar la contraria a una mujer!

—Es por tu bien, querida...

—Ya lo sé, tontuelos. Y os aseguro que pasé unos momentos de verdadero pánico. Pero era necesario. Por fortuna, ya no necesitaré


más corriente en la campánula.

—¿Has logrado algo?

—¡Todo, amigos míos! Indudablemente no andaba equivocada. Venid.

Y los llevó hacia la campánula, dejando el coche donde lo había detenido Fred.

—Traje cincuenta «Zetas» —dijo antes de que terminasen de escalar la escalera—. ¡Mirad ahora!

—¡Pero si hay más de mil!

—Muchos más —dijo ella—. Y ya está descubierto su mayor secreto, señores míos.

—¿Su manera de reproducirse?

—Eso es, Fred. ¡Lo hacen por escisión!

—¿Es posible?

—Como lo oyes. Se dividen en dos, a lo largo, como muchos infusorios. Empiezan por lo que podríamos llamar «cabeza» y terminan por esa especie de ventosa que les sirve para «devorar» electricidad.

—¡Pues deben partirse muy aprisa!

—A una velocidad tremenda; pero no es eso sólo lo que he descubierto.

—¿Qué más has descubierto?

—Algo verdaderamente importante y que sólo es visible cuando el cuerpo de un «Zeta» se parte en dos para dar origen a dos nuevos individuos...

—¿De qué se trata?

—De un órgano que regula la cantidad de electricidad que entra en el cuerpo del «Zeta». Desde el principio me extrañó muchísimo que estos animales pudiesen tomar la electricidad directamente de líneas de alta tensión. Su cuerpo, a pesar de la masa adiposa, evidentemente aislante, que los protege, debía ser carbonizado por la violenta corriente contra la que aplicaban su ventosa.

»Pero, como todos sabemos, no ocurre así. Los «Zetas» son capaces de soportar tensiones de un millón de voltios sin ver alterada su naturaleza.

»Pues bien, eso lo logran gracias a un órgano del tamaño de un grano de mijo, que «fisiona» la corriente, dividiéndola en «trozos» de menor fuerza, que los órganos grasosos del animal terminan por absorber en estado puro, es decir, energético.

»El «Zeta» no necesita estómago, ni intestino, ni hígado, ni boca, ya que toma alimento en forma de energía, que incorpora sencillamente a su ser. Es una manera de vida elemental, de lo más primitivo que podamos concebir; pero, al mismo tiempo, esencialmente sorprendente.

—¿Y es muy importante ese descubrimiento tuyo?

—Sencillamente fundamental.

—No lo entiendo; lo confieso.

—Yo tampoco —dijo el otro.

—Será un verdadero placer explicároslo. Ahora que todo ha pasado, puedo deciros la verdad.

—¿La verdad?

—Los «Zetas» que acudieron lo hicieron porque, en determinado momento, abrí la campánula...

—¡Qué locura!

Ella sonrió.

—No tenía otro remedio, queridos. Necesitaba una prueba y no me detuve, ni un solo instante, en considerar el peligro que podía presentarse por ello.

»Lo que me interesaba era demasiado importante para pensar en otra cosa. Estaba viendo reproducirse a los «Zetas», había descubierto ese extraño órgano de control eléctrico y sólo me faltaba saber lo que ocurriría si lo arrancaba de unos cuantos.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Tuve que abrir la campánula, velozmente y extirpar, con el

instrumental que había llevado, esa especie de grano de mijo, incrustado en la masa adiposa que tú instalaste, pude evitar morir carbonizada…

—¡Qué horror!

Los ojos de ella brillaban de triunfo, sin que pareciese alterarse por los recuerdos del peligro que había rozado.

—¿Y qué ocurrió?—inquirió Fred.

—¡Lo que yo esperaba! La suerte estuvo siempre de mi lado y vi premiada mi tenacidad. Al observar las «generaciones» que iban surgiendo de los individuos que yo había «operado», vi, con una alegría infinita, que no poseían el orgánulo que los hacía invencibles.

—¿Había desaparecido?

—Sí, eso es; había desaparecido. La herencia no llegaba, en los «Zetas», hasta lograr regenerar un órgano mutilado, cosa bastante comprensible, ya que la reproducción es directa.

—¡Todo eso es estupendo!

—Más de lo que os podéis imaginar. Ese descubrimiento significa que hemos encontrado el método PARA VENCER A TAN ODIOSOS ENEMIGOS… ¡Ya no hay que tenerlos miedo, amigos míos!

CAPÍTULO IX

El paraninfo de la Universidad británica estaba abarrótala do hasta los topes.

De nada les había servido a los «chicos de la prensa» sus ruegos reiterados, sus amenazas publicitarias. Había sido imposible acogerlos en la descomunal sala y se vieron obligados a renunciar a una vista directa de la reunión, viéndose concentrados en un salón vecino, desde donde seguirían las incidencias gracias a la televisión.

Parecía mentira que hubiese tantos biólogos en Inglaterra; pero allá estaban, amontonados, más que sentados, en las hileras de bancos de

las estradas, ya que los sillones vecinos a la estrada estaban ocupados, exclusivamente, por los miembros del Gobierno de su Graciosa Majestad.

Se había distribuido, dos días antes, entre los invitados a aquella magna reunión, que el Gobierno había dado un carácter de obligatoriedad absoluta de asistencia, un informe completo sobre los trabajos de la doctora Rose Tremp.

Y ahora, esgrimiéndolos, hojeándolos, comentándolos y subrayándolos, los centenares de hombres allí reunidos, gritaban, murmuraban, vociferaban y enronquecían, luchando contra aquellos fantásticos hechos que acababan de releer por enésima vez.

Sin embargo, cuando Rose apareció en la tribuna, acompañada por el secretario del War Office, el silencio fue completo y todos los ojos se concentraron, en una interrogativa mirada, en el rostro de aquella mujer, joven y bonita, que exhalaba una serenidad que muchos de los presentes hubiesen querido tener.

El secretario, una vez logrado el silencio necesario, se limitó a acercarse al micrófono y con un gesto hacia la muchacha.

—Tengo el honor de presentar a ustedes a la doctora Rose Tremp —después volviéndose ligeramente hacia ella—: Tiene usted la palabra, señorita Tremp.

Rose sonrió, ante todo, a los presentes.

—Distinguidos y respetados colegas —empezó diciendo—, es para mí un honor, un inconcebible honor, estar aquí, ante ustedes, cuyos trabajos y estudios han hecho de la ciencia británica una punta de vanguardia en el avance técnico y científico mundial.

»Pero no estamos aquí para decirnos cosas agradables y basten las ya dichas para demostrarles mi profundo respeto hacia ustedes. Sólo un cúmulo de circunstancias extraordinarias, y profundamente lamentables, ha podido permitir la anomalía de que la última de ustedes, yo, esté ahora aquí, ocupando un lugar que no merezco, ni nunca mereceré por años que viva.

»Mas pasemos a los hechos.

»Todos ustedes, queridos colegas, han podido leer el resumen de mis modestos trabajos sobre los «Zetas». Todos ustedes, estoy completamente segura, conocen el peligro tremendo que esa rara

invasión ha creado, sobre nuestro planeta. Y todos ustedes, finalmente, estarán de acuerdo en que lo más urgente, lo que no puede esperar, es la solución a ese problema, que se concreta, sencillamente, en la destrucción inmediata de los «Zetas».

Hizo una corta pausa.

—Si hoy nos hemos reunido aquí —prosiguió diciendo—, es para salir hacía todas las partes del mundo que no han sido atacadas, o que lo han sido débilmente, dispuestos a ganar la última y definitiva batalla.

»Afortunada mente, poseemos las armas capaces de proporcionárnosla.

»La información somera que les he proporcionado —dijo después— les habrá hecho conocer, además de las características anatomo-fisiológicas de los «Zetas», las peculiaridades de su reproducción y, lo que es más importante, la existencia de ese órgano, que ya hemos podido estudiar con mayor detalle, y que es mucho más vital para el «Zeta» que el corazón para nosotros.

»También habrán podido informarse de que logramos extirpar ese órgano del cuerpo de nuestros enemigos obteniendo, gracias a su peculariedad reproductiva, una especie mutante, que carece de tal defensa vital y que es, por lo tanto, incapaz de defenderse contra nosotros.

»Veamos cómo…

Hizo un ademán y la sala quedó completamente a oscuras, iluminándose una descomunal pantalla de televisión, que ocupaba toda la parte posterior de la estrada.

La escena apareció en la pantalla, donde se veían una campánula pequeña y una serie de cajas de cristal, que contenían ejemplares de «Zetas».

—Vamos a dejar que vean, en primer lugar, el comportamiento de un «Zeta» NORMAL; es decir, de un individuo que no ha sido desprovisto de su órgano de «electrocontrol».

Uno de los asistentes vació el contenido de una caja en el interior de la campánula, cerrándola inmediatamente después.

—Ahora, señores —anunció la doctora—, vamos a proceder al paso de corriente.

La campánula se iluminó intensamente y se vio a los «Zetas» lanzarse glotonamente sobre la semiesfera interior, convirtiéndose, inmediatamente, en unos palitos azulados, intensamente luminosos.

—Como ven ustedes —dijo Rose—, los «Zetas» pierden la forma a la que deben su nombre mientras se alimentan. Se han transformado en seres rectos, profusamente iluminados. En este momento, la corriente que pasa a la esférula es de cincuenta mil voltios.

Hubo un rumor de admiración en la sala oscura.

—Igual pasaría —siguió diciendo la muchacha— si la intensidad de la corriente fuera de quinientos mil o de un millón de voltios. Gracias al órgano de «electro-control», los «Zetas» pueden soportar cualquier voltaje que el hombre pueda producir.

»Veamos ahora lo que pasa con los otros*

Un nuevo asistente mostró una caja de cristal, acercando una nueva campánula.

—En esa caja —dijo la doctora— hay individuos ZETA anormales, TARADOS; seres a los que hemos extirpado los órganos «electro-control».

El ayudante introdujo los seres en la campánula, que cerró prestamente.

—Vean ustedes —siguió diciendo Rose— el comportamiento de estos otros. Vamos a hacer pasar una corriente de mil voltios; algo tan insignificante como ridículo para un «Zeta».

La esférula le iluminó débilmente. Casi al mismo tiempo, los «Zetas», que se lanzaron glotonamente hacia la luz, cayeron como fulminados, quedando completamente inmóviles en el fondo de la esfera transparente.

—Han muerto —dijo Rose.

La sala se iluminó repentinamente, desapareciendo la iluminación de la pantalla.

—Los hechos son éstos —dijo la doctora—. Ahora hemos de utilizarlos para borrar de la faz de la Tierra esa tremenda y desagradable presencia.

—¿Cómo? —preguntó alguien.

—Muy fácilmente. Hemos descubierto como acaban de ver, el punto flaco de los «Zetas». Verdad es que lo que sabemos puede representar muy poco, si no nos decidimos a utilizarlo. También estoy segura de que mi plan, el único viable por el momento, parecerá a muchos de ustedes débil y forzado en muchas de sus partes; pero no hay otro.

»Se están instalando, a toda prisa, en la zona de la Tierra que no ha recibido aún la terrible visita de nuestros enemigos, campánulas como la que utilizamos para capturar los primeros ejemplares de «Zetas». Ingenieros de todas las nacionalidades han recibido instrucciones concretas para hacer posible el montaje de esas Bases Ofensivas.

»Pero eso no es todo.

»Ya se darán ustedes cuenta de que lo que intentamos es capturar el mayor número posible de «Zetas»...

»¿Para qué?

»Para "mutarlos", para intervenir a esos seres y, después de arrancarlos el órgano que los protege, lanzarlos nuevamente para que vayan dominando a los otros, para que, gracias a su rapidísima reproducción, lleguen a ser los más numerosos y se condenen justamente a la muerte.

»Por eso necesitamos de todos ustedes, sabios insignes, biólogos famosos y cirujanos conocidos, que cooperen en esta labor, poniéndose a las órdenes de un comité de coordinación que les enviará a los puntos donde han de trabajar.

»Y nada más, señores.

* * *

Jack y Fred trabajaban intensamente, distribuyendo las campánulas que iban saliendo de las manos de los operarios.

La actividad era verdaderamente febril.

Manteniendo conexión radiotelefónica con todos los condados del país, excepto de la zona de Escocia que los «Zetas» habían ocupado,

iban dando instrucciones, levantando los ánimos y dando, en cada caso, la palabra amable y necesaria para que los hombres, por muy alejados que estuviesen, comprendiesen el espíritu de lucha que animaba al país entero.

Las campánulas habían sido hechas según el modelo ideado por Rose, en colaboración con O'Brien y poseían la misma disposición que la primera, con su sistema de conducción de corriente completamente subterráneo y su dispositivo para introducir los animales que harían que los «Zetas» descargasen la corriente «digerida», quedando a merced de los humanos.

Los elementos de la batalla estaban preparados.

Fue al atardecer del tercer día, dos después de la conferencia que había pronunciado Rose Tremp, convirtiéndose en el personaje más popular del mundo, cuando una llamada telefónica atrajo a Fred al aparato.

—¡Diga!

—Hay orden de la doctora Tremp para que cesen inmediatamente de producir esférulas del tipo que están haciendo.

—¿Cómo las quiere entonces?

—Le envío los planos por helicóptero. La doctora desea que las nuevas campánulas, como las dos que yo le he hecho, tengan una batería debajo, de manera que no tengan forzosamente que ir unidas a la red y puedan producir su energía por sí mismas.

—¡Pero es que así nunca alcanzarán los voltios necesarios!

—La doctora me ha dicho que ya no se necesita un voltaje tan elevado.

—¿Quiere decir eso que los «Zetas» que «operamos» son ya más numerosos que los otros? ¿Por qué esa modificación?

—Eso no puedo decírselo, señor.

—Es igual. Lo que sí podrá decirme es dónde se encuentra la doctora.

—Se ha ¡do, doctor. Me demostró que un avión dé reacción, que alcance una determinada altura, puede planear, sin peligro alguno de ataque, por parte de los «Zetas», en cualquier punto ocupado por esas

malditas bestias.

—¿Pero qué está usted diciendo, hombre de Dios? —Fred no comprendía una sola palabra de aquel galimatías y se estaba preguntando, con una sonrisa en los labios, si no se habían equivocado y le llamaban desde un manicomio—. ¿Quiere hacerme el señalado favor de ser un poco más explícito, señor mío?

El otro rezongó algo, completamente ininteligible, y dijo después:

—Creo que me he explicado perfectamente bien, señor O'Brien.

—¡Yo no soy Jack O'Brien! Pero es igual... ¿Quiere usted decirme, de una maldita vez, dónde está Rose?

—¿Se refiere usted a la doctora Tremp? No sabía que su nombre fuese Rose.

Fred tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar; así, mordiéndose los labios:

—Sí, me refiero a la señorita Tremp, a la doctora, a Rose que, da la casualidad, son la misma persona.

—La doctora salió hace, aproximadamente, unos veinte minutos.

—¿Hacia dónde?

—¿No se lo expliqué antes, señor?

Fred contuvo su impaciencia.

—Usted no me ha explicado absolutamente nada. Me ha hablado de un nuevo modelo de campánulas, de un misterioso avión a reacción, que planea sin peligro; pero de dónde se encuentra Rose, la doctora, no me ha dicho usted una sola palabra. Y créame que se lo agradecería muy de veras.

—¡Pues si ya se lo dije, señor! La doctora salió, con dos de las nuevas esférulas, en un avión a reacción...

—¿Eh? ¿Entonces se trataba de ella? , — Sí, señor.

—¿Dónde, hacia dónde ha ¡do? ¡Dese prisa, por favor!

—A la zona de Escocia que han ocupado los «Zetas».

Fred colgó el aparato como si desease no oír más; en realidad, había oído bastante.

Se quedó junto al teléfono, con la mente hecha un lío, sin saber exacta ni remotamente qué camino coger.

Aunque de todas las maneras tenía que informar a Jack, ya que éste jamás le perdonaría que le ocultase una cosa así.

—¡Qué loca, pero qué loca está esa mujer! —dijo, en voz alta.

Y se alejó, dirigiéndose rápidamente hacia la nave donde O'Brien dirigía los trabajos de las campánulas.

—Quiero hablar contigo, Jack.

El color de la piel del rostro de Laughton era bastante inequívoco.

—¿Ocurre algo malo, Fred?

Este dudó tinos instantes; después, con la voz impregnada de emoción dijo:

—Rose se ha ido.

—¿Que Rose se ha ido? ¿A dónde?

—A Escocia. A la zona que se encuentra ocupada por los «Zetas».

—¿Eh?

A Fred le pareció, al ver la expresión del rostro de su amigo, como si acabase de propinarle un directo en la boca del estómago.

—Ha cogido un avión de reacción, llevando un nuevo tipo de esférulas, y después de subir bastante alto, ha planeado sobre esa zona, donde debe haber aterrizado ya hace rato.

—¡Qué locura, Dios mío!

—Eso es lo que yo he pensado.

Jack se arrancó casi la bata que llevaba puesta, exclamando:

—¡Voy a por esa testaruda! ¡Voy a darle la primera azotaina que he dado a una mujer... pero hará época, te lo aseguro!

También Fred se había quitado rápidamente la bata.

—¿Crees que voy a perderme un espectáculo como ése? ¡Voy contigo! Y hasta es posible que yo dé algún golpe, entre los tuyos. ¡La muy loca!

Jack se volvió hacia uno de los ingenieros, encargándole prosiguieran la tarea.

—Todo irá bien; pierda cuidado, señor O'Brien. ¡Y que encuentren a la doctora sana y salva!

—Eso esperamos.

Salieron corriendo, atravesando las naves y tomando, ya en el exterior, el primer vehículo que encontraron.

Cinco minutos después estaban en el extenso exódromo.

—¿Hace tiempo que ha salido la doctora? —preguntó Jack al jefe del campo.

—Una media hora, señor. Tuvimos que colocar dos campánulas bajo el avión y adaptar unos paracaídas para que pudiese lanzarse donde ella quisiera.

—¿Se ha ido... sola?

—No quiso que nadie la acompañase. Me enseñó su permiso de piloto supersónico. ¿Qué será lo que esa mujer no sabe hacer?

—Esa mujer —sentenció Fred— es especialista en locuras esquizofrénicas.

Momentos más tarde tenían un biplaza a reacción perfectamente dispuesto. Jack tomó" el mando y el aparato, lanzando un chorro de humo por sus toberas, despegó de la pista, desapareciendo entre las nubes.

CAPÍTULO X

El birreactor de Rose planeaba magníficamente sobre tierra escocesa.

Una sonrisa de triunfo florecía en el rostro de la decidida muchacha.

Quería convencerse, por sus propios ojos, de que las últimas noticias que le habían llegado a su laboratorio, encerraban la verdad que tan ardientemente deseaba ella.

Los telegramas decían que los «Zetas» morían al contacto de voltajes incluso poco elevados verdaderamente ridículos.

Volvió a sonreír.

Si tal cosa era cierta, el triunfo ya estaba en manos humanas, ya que aquello quería decir que los «mutantes», obtenidos por las operaciones realizadas en todo el mundo se habían multiplicado más activamente que los otros, llegando a formar la mayoría aplastante de la población «Zeta».

Se sentía tan profundamente dichosa que nada le importaba el peligro que podía correr en aquella aventura.

Aunque le hubiese gustado estar junto a Jack...

Pero... ¿cómo decir a aquel querido ogro que iba a hacer un viaje como el que estaba realizando?

O'Brien se hubiese negado en redondo, presentándose voluntario para realizarlo, cosa que no convenía a Rose, que deseaba ser la que se percatase, de una manera indiscutible, de la transformación radical de los «Zetas» en seres completamente inofensivos.

El aparato seguía descendiendo.

Hacía ya tiempo que había cortado el encendido de los motores y ninguna clase de ataque se había producido. De haber estado completamente segura de que los «Zetas» de Escocia estaban ya debilitados, hubiera seguido con los motores en marcha, ya que el voltaje elevado de la chispa hubiese sido superior a la resistencia de sus enemigos.

Pero no estaba segura.

La tierra se iba aproximando bastante rápidamente y Rose observaba todos los detalles, dispuesta a lanzar, en el momento preciso, las dos campánulas del nuevo tipo, que iban a servir para comprobar, de una

manera definitiva, la potencia de resistencia de los seres del espacio intersideral.

Aquellas nuevas campánulas, cuyos dos primeros ejemplares eran los que ella llevaba a bordo del aparato, poseían una carga, no demasiado importante, en un grupo de acumuladores situados en su parte inferior.

Sobrevolaba en aquel momento la zona ocupada por los «Zetas».

Observó detenidamente el terreno sobre el que pasaba, sin muestra alguna de tendido eléctrico, lo que le permitiría encontrarse con sus enemigos.

«Tendría que buscar una central o un transformador», se dijo.

La suerte le favoreció en seguida.

En efecto, poco después descubría un transformador de cierta importancia, situado en el cruce de dos caminos, completamente solitarios.

«Voy a lanzar la primera campánula».

Describió unos cuantos círculos alrededor del transformador, pulsando después el botón que liberaba a una de las semiesferas.

Pero nada salió del aparato.

Asombrada, Rose pulsó el otro botón, obteniendo el mismo negativo resultado.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó, en voz alta.

Aunque, en realidad, aquella pregunta era obvia. Las campánulas debían estar agarrotadas en alguna parte y no saldrían fácilmente del interior del aparato.

De nada iba a servirle la desesperación y tampoco —eso de ningún modo— estaba dispuesta a volver a Londres, sin haber conocido la realidad de la situación.

No tenía más remedio que aterrizar.

El terreno era lo bastante llano para prestarse a un aterrizaje; pero el aparato, a pesar de marchar en vuelo planeado, no era demasiado cómodo de manejar sin los motores encendidos.

Tampoco le interesaba, ahora que tenía la seguridad de hallarse cerca de un buen nido de «Zetas», llamar la atención de éstos, haciéndoles sentir la proximidad de una nueva fuente de energía eléctrica.

Se dispuso a aterrizar, pasase lo que pasase.

Sentía miedo.

Y no era un miedo orgánico, a lo que podría ocurrirle a su persona, sino el temor de fracasar, cosa que le proporcionaba un temor y una angustia indecible.

Dominando sus nervios, orientó el aparato de la mejor manera, lanzándose elegantemente a un aterrizaje de un tipo que no había conocido en su limitada experiencia con los aviones a reacción.

Pero la suerte, que parecía no querer dejarla de la mano, se portó nuevamente bien con ella, aunque el avión se destrozó, en parte, haciendo imposible su utilización inmediata.

No pensaba Rose en aquello.

Después de suspirar profundamente, abrió la cabina, saltando alegremente al suelo y contemplando los destrozos del avión.

Después penetró en la cabina posterior, dándose entonces cuenta de la causa que había impedido que las esférulas saliesen normalmente. La compuerta de salida se había atrancado y la muchacha se vio obligada, reuniendo todas sus fuerzas disponibles, a tirar de las campánulas, una tras otra, hasta tenerlas fuera del avión.

Por fortuna eran aparatos de reducido tamaño y su peso no pasaba de los cincuenta kilos.

Después de comprobar que nada se había roto en ellas, Rose miró a su alrededor, sonriendo al ver que había aterrizado a menos de cien metros del transformador.

Cogió una campánula y empezó a caminar lentamente hacia él.

Tampoco le interesaba colocar la esférula demasiado cerca; así, cuando estuvo a unos treinta metros de aquel poste complicado, con su aparato a caballete sobre una barra horizontal de hierro, dejó la esférula en el suelo y manipuló sus mandos, haciendo que la parte superior se abriese y los acumuladores, completamente aislados hasta aquel momento, empezasen a soltar corriente.

Se alejó a toda velocidad.

No tuvo que esperar mucho.

Una bandada de «Zetas» sobrevoló la esférula, dejándose caer después a toda marcha, produciendo aquel ruido característico, que se asemejaba tanto a la caída de granizo.

La emoción la tenía clavada en el suelo.

Vio, con lágrimas en los ojos, que la mayor parte de los «Zetas» ni siquiera se iluminaban, cayendo muertos al contacto con el bajo voltaje de la esfera interior.

— ¡He vencido!

Otros, muy pocos, se ponían tiesos y brillantes, como había sucedido desde el principio, demostrando que quedaban aún «Zetas» en estado de pureza.

Pero eran poquísimos.

Haciendo un rápido cálculo, a ojo, Rose encontró un «Zeta» normal por cada trescientos o cuatrocientos «mutantes».

¡Era un triunfo maravilloso!

Estaba tan profundamente entusiasmada que tardó unos segundos de más en darse cuenta de que, repentinamente, la esférula dejaba de funcionar.

Frunció el entrecejo.

Todo había sido calculado matemáticamente para que la electricidad de los acumuladores saliese poco a poco, en un goteo imperceptible, de manera a que la duración final oscilase en las dos horas, aproximadamente.

Además, en aquel saco y viendo que sólo una docena de «Zetas» era capaz de absorber glotonamente la electricidad, la duración de aquella esferula debía ser mayor.

¡Y se había apagado!

Algo debía marchar mal en su interior y Rose se convenció en seguida de que la anomalía debía de haber estado producida por el violento aterrizaje del avión.

Pero aquello no era importante, después de todo.

Lo fundamental era la ya conocida reacción de los pocos «Zetas» normales que salieron de la esférula.

¡BUSCABAN CIEGAMENTE AL PROMOTOR DE AQUELLO!

Rose sintió que un escalofrío mortal le recorría la espalda.

No tardarán mucho aquellas innobles bestias en encontrarla y descargarían sobre ella, como hicieron con el jefe de electricidad del «Vestal», su carga mortífera, que la convertí- ría, en un instante, en un trozo de deforme carbón.

Durante unos instantes, incapaz de hacer nada, permaneció completamente inmóvil, con los ojos desmesuradamente dilatados por el terror.

¡Qué loca había sido!

De repente, la idea de que la otra esférula podía ser su tabla de salvación, le hizo correr hacia el aparato, PERSEGUIDA YA POR DOS «ZETAS», QUE DEBIAN HABER SENTIDO SU PRESENCIA.

Llegar jadeante junto a la esférula y ponerla en marcha fue todo uno. Ya se lanzaba uno de los repugnantes seres sobre ella, cuando debió sentir la alegre proximidad de la electricidad y desvió su mortal trayectoria, posándose glotonamente sobre la semiesfera interior.

Alejándose de allí, Rose emitió un profundo suspiro.

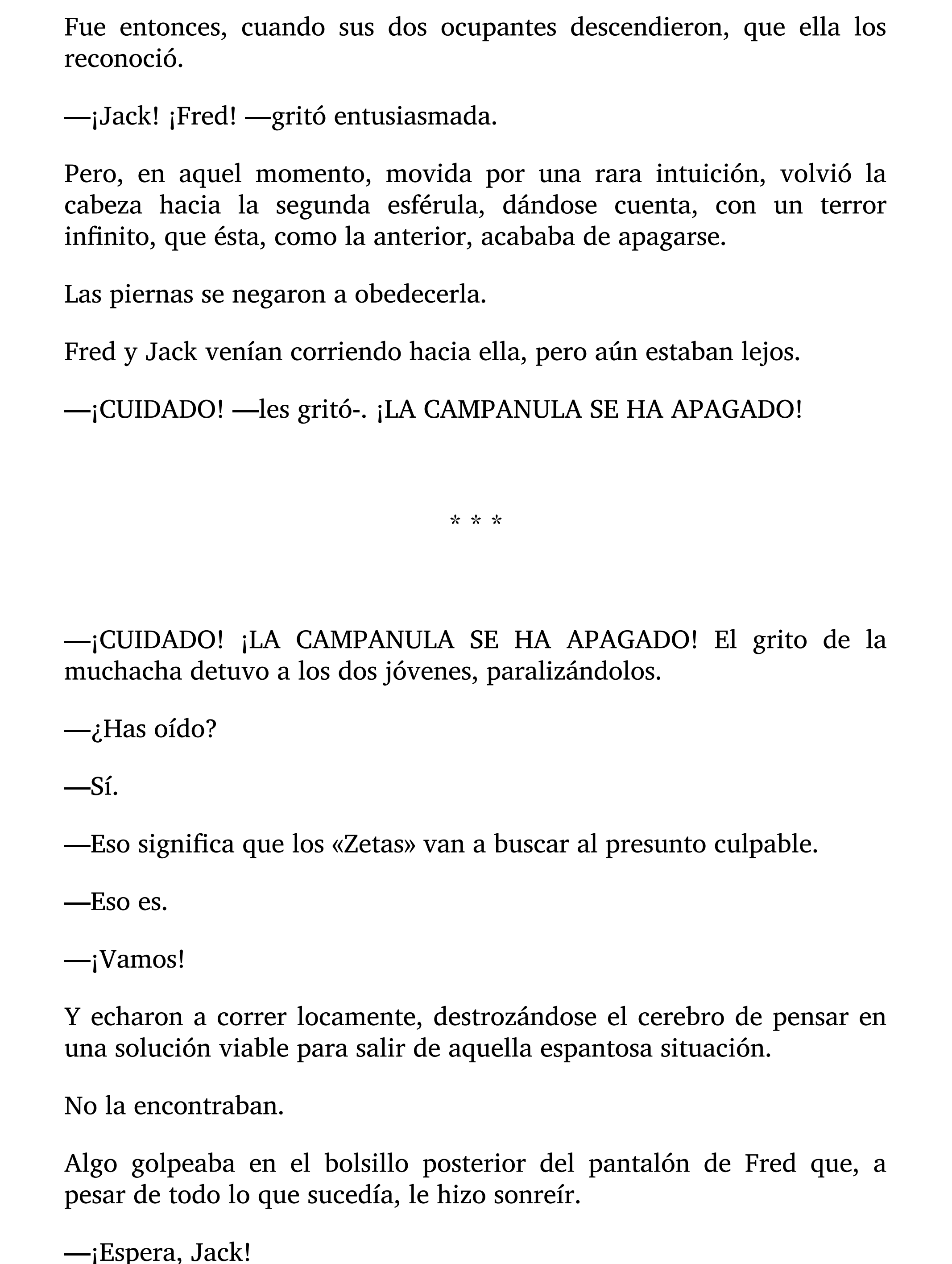
Fue entonces cuando levantó la cabeza, al oír un silbido, viendo que llegaba un avión a reacción, de tipo biplaza.

La alegría hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas y empezó a hacer gestos, a mover los brazos desesperadamente, para llamar la atención de aquellos que iban a ser sus salvadores.

El avión acababa de apagar el motor.

Debían haber visto las esférulas y el aparato destrozado desde arriba y prudentes, ante la presencia de los «Zetas», descendían, planeando magistralmente y buscando un lugar donde aterrizar.

El piloto de aquel aparato debía conocer perfectamente su manejo y posibilidades, porque, alejándose un centenar de metros del lugar donde Rose se había posado, realizó un aterrizaje impecable,



Fue entonces, cuando sus dos ocupantes descendieron, que ella los reconoció.

—¡Jack! ¡Fred! —gritó entusiasmada.

Pero, en aquel momento, movida por una rara intuición, volvió la cabeza hacia la segunda esférula, dándose cuenta, con un terror infinito, que ésta, como la anterior, acababa de apagarse.

Las piernas se negaron a obedecerla.

Fred y Jack venían corriendo hacia ella, pero aún estaban lejos.

—¡CUIDADO! —les gritó-. ¡LA CAMPANULA SE HA APAGADO!

* * *

—¡CUIDADO! ¡LA CAMPANULA SE HA APAGADO! El grito de la muchacha detuvo a los dos jóvenes, paralizándolos.

—¿Has oído?

—Sí.

—Eso significa que los «Zetas» van a buscar al presunto culpable.

—Eso es.

—¡Vamos!

Y echaron a correr locamente, destrozándose el cerebro de pensar en una solución viable para salir de aquella espantosa situación.

No la encontraban.

Algo golpeaba en el bolsillo posterior del pantalón de Fred que, a pesar de todo lo que sucedía, le hizo sonreír.

—¡Espera, Jack!

—¿Qué quieres?

—Déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo me encargaré de los «Zetas». Se me acaba de ocurrir una buena idea.

—¿Te has vuelto loco? ¡Sigamos los dos! Ya encontraremos una solución.

—Déjame a mí —repitió Laughton.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso en discusiones tontas!

Y Jack, sin esperar a su amigo, salió corriendo, sin más palabras, a toda la velocidad que le permitían las piernas.

—Eres un tremendo testarudo —dijo Fred, a gritos.

Y se lanzó, en pos de Jack poniendo todo su empeño en alcanzarle.

Poco-a poco, metro a metro, fue Fred acercándose a su compañero. Hasta que ya detrás de él, hizo un esfuerzo más y apoyó la mano sobre la espalda de Fred, poniéndole, al mismo tiempo, una magnífica zancadilla.

O'Brien, lanzado impetuosamente hacia delante, hizo cuanto pudo por evitar la caída, pero no lo logró.

—¡Canalla! —dijo.

Pero, lanzando una carcajada, Fred se alejaba, con una evidente ventaja.

Jack se levantó, sintiéndose dolorido, y maldiciendo, al ver que cojeaba al andar.

Entre tanto, Fred corría como un loco.

No se dirigió directamente hacia el lugar donde Rose esperaba la muerte, sino que desviándose hacia la derecha, se acercó a la segunda esférula, al tiempo que sacaba un objeto del bolsillo posterior del pantalón.

Era una linterna.

Esgrimiéndola, como un arma, la encendió, lanzando su rayo, casi invisible a la luz del día, hacia los «Zetas» que, profundamente iluminados, flotaban en el aire, buscando afanosamente su presa.

De repente, debieron percibir la carga de la linterna de Fred.

Y se lanzaron sobre él.

Rose gritó, desesperadamente, y su grito subió en el aire, poniendo carne de gallina en la piel de Jack, que avanzaba penosamente hacia ella.

El joven se percató del sacrificio de Fred.

—¡FRED, NO! —gritó desesperadamente.

Pero ya era demasiado tarde.

El joven corría, con la linterna siempre encendida, alejando a los «Zetas» del lugar donde se hallaba Rose*

Jack, que comprendió perfectamente las intenciones de su amigo, llamó a Rose, sabiendo que de nada serviría el sacrificio de Laughton si no sabían aprovecharlo.

Rose corrió hacia él.

Retrocediendo, lo más rápidamente que pudieron, Jack cojeaba siempre y se apoyaba en el brazo de la muchacha, llegaron hasta el avión, penetrando en la cabina, que cerraron cuidadosamente.

Entonces, Jack puso en marcha los motores y miró, aterrorizado, hacia el lugar donde estaba Fred.

Este acababa de caer y los «Zetas», eran solamente tres, se lanzaron sobre él, haciendo que una terrible llamarada brotase del cuerpo del joven.

El avión rodaba ya hacia el otro extremo de la llanura, despegando del suelo.

Al lado de Jack, Rose emitió un sollozo que le sacudió el cuerpo.

EPÍLOGO

Después de la operación fabulosa que se realizó, los últimos ejemplares de «Zetas» normales fueron cazados en esférulas de tipo primitivo, terminando definitivamente con ellos.

No sin cierta sensación de angustia los pilotos de los aviones y los de los barcos dirigieron sus aparatos y navíos hacia las costas europeas.

Pero, por mucho que pudieran imaginarse, lo que hallaron superó todas las fantasías, todas las hipótesis.

EUROPA HABIA DEJADO VIRTUALMENTE DE EXISTIR.

Fue el choque doloroso con una realidad alucinante; pero, a pesar de todo, el mundo entero, consciente de su deber con los pueblos hermanos que habían padecido aquella inimaginable peste, acudieron, personal, moral y materialmente, en ayuda de los pocos que vagaban aún, como seres de ultratumba, por las vacías ciudades de Europa.

Buques, aviones, trenes, todo se llenó de cuantas cosas podían necesitar aquellos desgraciados. Y cuando los Gobiernos de los países que no habían padecido el castigo de los «Zetas», comunicaron la necesidad de repoblar Europa, millones de seres abandonaron sus tierras de origen, dispuestos a formar parte de aquel continente que, desde el principio de la Historia, había sido el faro espiritual del mundo.

Y Europa renació.

Hombres de buena voluntad, llenos de entusiasmo y ayudados por los poderes de todos los países del globo limpiaron las calles, remozaron los edificios, levantaron otros nuevos y volvieron a surgir las ciudades cuyo nombre estaba cargado de historia.

Berlín, París, Madrid, Roma…

A los diez años de la catástrofe, Europa se había convertido en la admiración de todos los habitantes del Globo.

Diez años habían pasado cuando, aquella mañana, descendieron del avión que acababa de posarse sobre la pista de Orly, dos personas cogidas de la mano.

Habían envejecido mucho.

Ella era aún bonita, pero sus ojos parecían cansados y unas minúsculas arrugas rodeaban su boca.

El seguía siendo apuesto, pero las canas, abundantes en sus sienes, ponían una nota fría en su rostro.

Un grupo de periodistas se acercó a ellos.

—¡Bienvenida a París, doctora Tremp!

—Soy la señora de O'Brien.

Saludaron a Jack que sonrió débilmente.

—Viene usted a dar unas conferencias, ¿verdad? —inquirió uno de los reporteros.

—Así es, amigo mío.

—¿Qué temas tocará usted, doctora?

—Voy hablar de los «Zetas».

—¿Otra vez?

Ella sonrió.

—Siempre.

—¿Porqué?

—Porque ES NECESARIO QUE ESTEMOS ALERTAS. NO PODEMOS DEJAR DE VIGILAR EL ESPACIO, para evitar QUE NOS SORPRENDAN NUEVAMENTE.

—¿Cree usted en la posibilidad de un nuevo peligro?

—Una vez —dijo ella—, hubo un hombre que vivía en una inmensa ciudad. Jamás salía de su casa y se limitaba a ver pasar la gente desde su ventana cerrada.

»Pero la puerta se abrió y la muerte, la desolación y el dolor entraron quedamente en su casa. Luchó y venció. Pero la experiencia le había enseñado a ser precavido.

»Y, desde entonces, salió fuera, colocó a sus familiares en la calle, armados y vigilantes, porque ya no podía confiar en los peatones desconocido que antes contemplaba con indiferencia.

»Ese caballero, amigos míos… ES EL HOMBRE.

FIN

[1] Tropismo = Movimiento total o parcial de los organismos, determinado por el estímulo de agentes físicos o químicos.

[2] Departamento de Guerra. (N. E.)